

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — Tomo XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 930.

Administracion general, passage Saunier, numero 4, en Paris.

SUMARIO.

Escenas de la guerra; grabado. — Circular de M. de Bismark. — Contestacion de M. Jules Favre. — La rival generosa. — Incendio de Saint-Cloud; grabado. — Defensa de Paris: La bateria de Montmartre; grabado. — Revista de Paris. — Poesia. — El combate de Bagnaux; grabados. — Muerte del comandante M. de Bampierre; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — Estudios retrospectivos de la guerra de 1870; grabado. — Ambulancia instalada en la iglesia de Mouzon; grabado. — De Villahermosa á la China. — Problemas de ajedrez; grabado. — Los prisioneros prusianos; grabado.

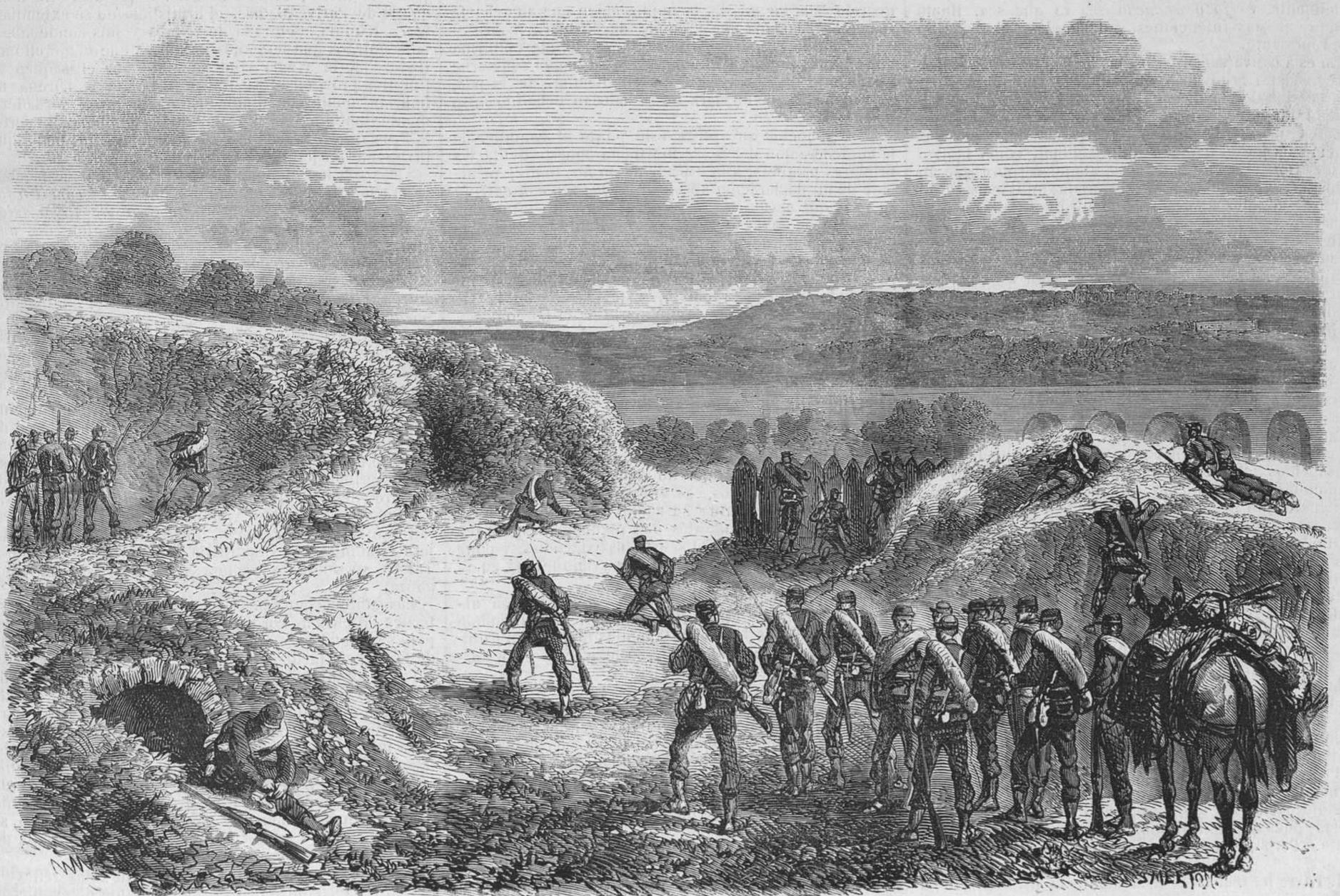
Circular de M. de Bismark.

El documento siguiente, publicado en el *Journal Officiel* del dia 18 de octubre, ha sido traducido del texto aleman inserto en el *North German Correspondant*:

Ferrieres 27 de setiembre de 1870.

La relacion dirigida por M. Julio Favre á sus colegas el 21 del corriente, con referencia á la conversacion que conmigo tuvo, me decide á hacer á V. E. una co-

municacion que os permitirá dar una idea exacta del curso de estas entrevistas. Preciso es confesar que, en general, M. Favre se ha esforzado en dar una cuenta justa de lo que pasó entre nosotros. Si no lo ha logrado en todos los puntos, es necesario atribuirlo á la duracion de nuestra conferencia y á las circunstancias particulares en que se celebró. Debo elevar, sin embargo, algunas objeciones á la tendencia general de su exposicion, é insistir sobre el hecho de que lo que debiamos discutir principalmente no era la conclusion de un tratado de paz, sino la de un armisticio que debia prece-der dicho tratado. En cuanto á las demandas que de-



ESCENAS DE LA GUERRA. — Un reconocimiento de francos tiradores, en los Moulineaux.

biamos hacer antes de firmar un tratado definitivo de paz, declaró expresamente á M. Julio Favre que me negaba á entablar el asunto de la nueva frontera reclamada por nosotros, hasta tanto que la Francia reconociese abiertamente el principio de una cesion de territorio. Como consecuencia de esta declaracion, mencioné como un arreglo conforme á nuestras intenciones, la formacion de un nuevo departamento de la Mosela, conteniendo las circunscripciones de Sarrebourg, Chateau-Salins, Sarreguemines, Metz y Thionville; pero, al mismo tiempo, no he renunciado en modo alguno á nuestro derecho de hacer nuevas estipulaciones en un tratado de paz, proporcionalmente á los sacrificios que pueda imponernos la prolongacion de la guerra.

Estrasburgo, plaza designada por M. Favre como *llave de la casa*, expresion que dejaba siempre la duda de si la Francia seria la casa en cuestion, fué expresamente declarada por mí *la llave de nuestra casa*, que no deseábamos dejar por lo tanto entre manos extranjeras.

Nuestra primera conversacion en el castillo de la Haute-Maison, cerca de Montry, no traspasó los límites de una discusion académica sobre el presente y el pasado, cuya sustancia se encierra en la declaracion de M. Julio Favre de que estaba pronto á cedernos *todo el dinero que poseemos*, mientras se negaba rotundamente á admitir la idea de una cesion de territorio. Cuando he hablado de una cesion como acto indispensable, ha declarado que las negociaciones de paz no tendrian ninguna probabilidad de éxito, y ha sostenido que ceder una parte cualesquiera de territorio seria humillante y deshonroso para la Francia. No he podido convencerlo de que las condiciones que la Francia habia impuesto á la Italia y á la Alemania, sin estar en guerra con ninguna de estas naciones (condiciones que nos habria impuesto si nos hubiese vencido, y que han sido la consecuencia inevitable de todas las guerras, aun en los tiempos modernos), no podian ser vergonzosas para un país que ha sucumbido despues de una valerosa resistencia, y he añadido que el honor de la Francia no diferia esencialmente del de las otras naciones. Tampoco he podido persuadir á M. Favre de que la restitucion de Estrasburgo no implicaba mayormente un deshonra para la Francia, que la cesion de Landeau y Sarrelouis; y que las conquistas injustas y violentas de Luis XIV no estaban menos ligadas al honor de la Francia que las de la primera República á las del primer Imperio.

Nuestra conferencia tomó un giro mas práctico en Ferrieres, donde hemos discutido exclusivamente la cuestion de un armisticio, hecho que refuta la asercion, segun la cual habria declarado que no aceptaria un armisticio en ninguna circunstancia. El modo con que M. Julio Favre me ha hecho decir, relativamente á este punto y á otros: — «Seria necesario un armisticio, y no lo quiero á ningun precio,» — y otras cosas análogas, me obligan á rectificar estas aserciones, y á añadir que, en conversaciones semejantes, no me he servido nunca de una locucion que indique que *yo deseo personalmente, exijo ó apruebo* sea lo que sea. Hablo siempre de las intenciones y demandas del gobierno que represento.

En esta conversacion, las dos partes han convenido en considerar la precision de dar á la nacion francesa una ocasion de elegir los representantes que únicamente tendrian el poder de acordar al gobierno actual los poderes necesarios para permitirle concluir una paz sancionada por el derecho internacional, como motivo de un armisticio. He llamado la atencion sobre que un armisticio era siempre una desventaja militar para un ejército que sigue una marcha victoriosa; que en el caso actual era una ganancia de tiempo de las mas importantes para la defensa de la Francia y la reorganizacion de su ejército; y que, por consiguiente, no podiamos acordar un armisticio si no se nos ofrecian ventajas militares equivalentes. Con este objeto, he mencionado la rendicion de las fortalezas que impedian nuestras comunicaciones con la Alemania, porque como una tregua debia prolongar el período que debiamos alimentar á nuestro ejército, las condiciones preliminares debian ser las concesiones para facilitar el transporte de víveres. Estrasburgo, Toul y otras plazas de menos importancia fueron el asunto de esta discusion. En lo que concierne á Estrasburgo hice observar que habiendo perjudicado los glaéis, no podia tardar la toma de la ciudad, y que pensábamos que la situacion militar haria necesaria la rendicion de la guarnicion, mientras se permitiera á los que guardaban las otras plazas salir con los honores de la guerra.

Otra cuestion difícil se relacionaba con Paris. Como habiamos cercado la ciudad enteramente, no podiamos permitir la entrada de nuevas provisiones sino á condicion de que debilitarian nuestra posicion militar y no prolongarian el tiempo necesario para rendir la poblacion por el hambre. Despues de haber consultado las autoridades militares, he ofrecido por orden de S. M. el rey las alternativas siguientes relativamente á Paris:

Se nos debe conceder, ó la posicion de Paris por la rendicion de una parte dominante de la defensa, y en este caso estamos dispuestos á permitir la libre comunicacion con Paris y á no impedir la alimentacion de la ciudad; ó se podria no concedernos la posicion delante de Paris, pero en este caso no podriamos consentir en abandonar la circunvalacion y deberiamos insistir sobre la continuacion del *statu quo militar* delante de esta ciudad, pues que de otro modo nos encontraríamos enfrente á Paris provisto nuevamente de armas y de víveres.

M. Favre ha rechazado firmemente la primera alter-

nativa relativa á la rendicion de una parte de las defensas de Paris, como igualmente la condicion de conservar como prisionera de guerra la guarnicion de Estrasburgo. Prometi6 consultar á sus colegas sobre la segunda alternativa relativa al mantenimiento del *statu quo* militar delante de Paris. El programa que M. Favre ha llevado consigo á Paris, como el resultado de nuestras conversaciones, y que ha sido discutido, no contiene, pues, nada con referencia á los términos de una paz futura, sino solamente respecto de la concesion de un armisticio de quince dias ó tres semanas para preparar las vias á la eleccion de una asamblea nacional en las condiciones siguientes:

1º La continuacion del *statu quo* en Paris ó delante de él.

2º La continuacion de las hostilidades en Metz y en su alrededor, en un cierto radio cuya extension se determinará.

3º La rendicion de Estrasburgo, cuya guarnicion seria prisionera de guerra, y las de Toul y Bitché, cuyas guarniciones saldrian con los honores de la guerra.

Creo que todos los gabinetes neutrales dividiran nuestra conviccion de que hemos hecho ofrecimientos muy conciliadores.

Si el gobierno francés se ha decidido á no aprovechar de la ocasion presentada para proceder á la eleccion de una asamblea nacional, aun en las mismas partes de la Francia ocupadas por nosotros, esto demuestra su resolucion de no libertarse de las dificultades que impiden la conclusion de una paz conforme al derecho internacional, y de no escuchar la opinion pública del pueblo francés. Elecciones libres y generales tenderian á favorables resultados para la paz; tal es nuestra conviccion y que no ha podido ocultarse á los que gobiernan en Paris.

Me tomo la libertad de rogar á V. E. ponga en conocimiento del gobierno con el cual está acreditado la presente circular.

DE BISMARCK.

CONTESTACION DE M. JULIO FAVRE.

M. Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros, vicepresidente del gobierno de la defensa nacional, ha dirigido la siguiente circular á los representantes diplomáticos de la Francia en el extranjero:

Ignoro cuándo recibireis este telegrama. Hace treinta dias que Paris está circunvalado, y su firme resolucion de resistir hasta que haya obtenido la victoria puede prolongar algun tiempo aun la violenta situacion que la separa del resto del mundo. A pesar de esto, no he querido retardar un dia la contestacion que merece la relacion redactada por el conde de Bismark, sobre la entrevista de Ferrieres; prueba ante todo que confirma en todos los puntos mi relato, salvo en lo que concierne un cambio de ideas sobre las condiciones de la paz, que segun M. de Bismark no se habrian debatido entre nosotros.

He reconocido que sobre este punto el canciller de la confederacion del Norte me habia opuesto desde las primeras palabras, una especie de *no ha lugar*, resultado de mi declaracion absoluta de que *no consentiria en ninguna cesion de territorio*; pero mi interlocutor no puede haber olvidado que mediante mi insistencia se explicó categóricamente y mencionó, para el caso en que se admitiese el principio de la cesion territorial, las condiciones que he enumerado en mi relacion; el abandono por la Francia de Estrasburgo con la Alsacia entera, de Metz y de una parte de la Lorena.

El canciller hace observar que estas condiciones pueden agravarse por la continuacion de la guerra. Me lo ha declarado en efecto, y le doy gracias porque lo menciona él mismo. Es bueno que la Francia sepa hasta dónde llega la ambicion de la Prusia; no se detiene en la conquista de dos de nuestras provincias, prosigue con frialdad la obra sistemática de nuestra destruccion. Despues de haber anunciado solemnemente al mundo por la boca de su rey, que no atacaba mas que á Napoleon y sus soldados, se encarniza destruyendo el pueblo francés. Arruina su suelo, incendia sus pueblos, agobia á sus habitantes con requisiciones, los fusila cuando no pueden satisfacer sus exigencias, y pone todos los recursos de la ciencia al servicio de una guerra de exterminio.

La Francia no tiene, pues, que conservar ilusion alguna. Se trata para ella de ser ó no ser. Proponiéndole la paz á precio de tres departamentos que le están unidos por una estrecha afeccion, se le ofrecia el deshonra. Lo ha rechazado.

Pretenden castigarla con la muerte. Esta es la situacion bien clara.

Vanamente le dicen que no hay vergüenza en ser vencido, y mucho menos en sufrir los sacrificios impuestos por la defensa. En vano añaden que la Prusia puede volver á tomar las injustas y violentas conquistas de Luis XIV. Tales objeciones no tienen consecuencia y puede causar extrañeza que tenga uno que responder á ellas.

La Francia no busca un impotente consuelo en la explicacion facilísima de las causas que han producido su derrota. Acepta sus desgracias y no las discute

con su enemigo. El dia en que le fué dado tomar nuevamente la direccion de sus destinos, ofreció lealmente una reparacion, solo que esta reparacion no podia ser una cesion de territorio. ¿Por qué? ¿porque era un aminoramiento? no; porque era una violacion de la justicia y del derecho, de la que el canciller de la confederacion del Norte no parece hacer caso alguno. Nos vuelve á las conquistas de Luis XIV. ¿Quiere volver al *statu quo* que las ha precedido inmediatamente? ¿Quiere reducir su amo á la corona ducal situada bajo el dominio feudal de los reyes de Polonia? Si en la trasformacion que la Europa ha sufrido, la Prusia se ha convertido de un Estado insignificante en una potente monarquía, ¿no lo debe á la conquista? Pero con los dos siglos que han favorecido esta vasta recomposicion se ha operado un cambio mas profundo y de un orden mas elevado que el que determinaba hasta aquí los desmembramientos de territorio. El derecho humano ha salido de las regiones abstractas de la filosofía. Tiende á tomar de mas en mas, posesion del mundo, y este derecho es el que la Prusia pisotea cuando trata de arrancarnos dos provincias, reconociendo que las poblaciones rechazan enérgicamente su dominacion.

Respecto á esto nada precisa mejor su doctrina que esta frase recordada por el canciller de la confederacion del Norte; Estrasburgo es la llave de nuestra casa. Es, pues, como propietario que estipula la Prusia, y esta propiedad la aplica á criaturas humanas, de las que suprime por este hecho la libertad moral y la dignidad individual. Ahora bien, es precisamente el respeto de esta libertad y de esta dignidad, que impide á la Francia consentir en el abandono que se la pide. Puede sufrir el abuso de la fuerza, pero no agregará la humillacion de su voluntad.

He cometido la falta de no hacer comprender suficientemente mi idea cuando he dicho, lo que mantengo, que no podemos ceder sin deshonra la Alsacia y la Lorena. No he caracterizado con esto el acto impuesto al vencido, sino la debilidad de un cómplice que daria la mano al opresor y consumaria una iniquidad por rescatarse él mismo. El conde de Bismark no encontrará un solo francés digno de este nombre que piense y obre contrariamente á como yo lo he hecho.

Y por esto mismo no puedo reconocer que se nos haya hecho una proposicion de armisticio seriamente aceptable. Deseaba con ardor que se nos ofreciese un medio honroso de suspender las hostilidades y de convocar una Asamblea. Pero acudo á todos los hombres imparciales, ¿el gobierno podia acceder al compromiso que se le proponia? El armisticio no hubiera sido mas que una irrision si no hubiera hecho posible elecciones libres. Ahora bien, no se le daba mas que una duracion efectiva de cuarenta y ocho horas. Durante el aumento del período de quince dias á tres semanas, la Prusia se reservaba la continuacion de las hostilidades, de modo que la Asamblea habria deliberado sobre la paz y la guerra, durante la batalla que decidiria de la suerte de Paris. Además, el armisticio no se extendia á Metz. Excluía la entrada de víveres y nos condenaba á consumir los que teniamos, mientras que el ejército sitiador habria vivido cómodamente por el saqueo de nuestras provincias. En fin, la Alsacia y la Lorena no habrian nombrado diputados, por la razon verdaderamente increíble que se trataba de pronunciar su suerte: la Prusia no les reconocia este derecho; nos pedia que tuviésemos el puño del sable con el que lo parte.

Estas son las condiciones que el canciller de la confederacion del Norte no teme llamar *muy conciliadoras*, acusándonos de *no aprovechar de la ocasion presentada para proceder á la eleccion de una Asamblea nacional, demostrando así nuestra resolucion de no librarnos de las dificultades que impiden la conclusion de una paz, conforme al derecho internacional y de no escuchar la opinion pública del pueblo francés.*

Y bien, aceptamos ante nuestra patria y ante la historia la responsabilidad de nuestra negativa. No oponerla á las exigencias de la Prusia, hubiera sido una traicion, á nuestro entender. Ignoro la suerte que la fortuna nos reserva. Pero lo que presiento profundamente es, que teniendo que elegir entre la situacion actual de la Francia y la de la Prusia, ambicionaria la primera. Prefiero nuestros sufrimientos, nuestros peligros, nuestros sacrificios á la inflexible y cruel ambicion de nuestro enemigo. Tengo la firme confianza de que la Francia será victoriosa. Aunque fuese vencida, quedaria tan grande en su desgracia, que continuaria siendo objeto de admiracion y simpatia para el mundo entero. Tal es su fuerza verdadera y será tal vez su venganza.

Los gabinetes europeos que se han concretado á estériles pruebas de cordialidad, lo reconocerán un dia; pero será muy tarde. En vez de inaugurar la doctrina de la elevada mediacion, aconsejada por la justicia y el interés, autorizan con su inercia la continuacion de una lucha bárbara que es un desastre para todos, un ultraje á la civilizacion. Esta leccion sangrienta no será desperdiciada por los pueblos. ¿Y quién sabe? La historia nos enseña que las regeneraciones humanas están ligadas estrechamente por una ley misteriosa á infinitas desgracias. La Francia tenia necesidad, tal vez, de una prueba suprema; saldrá trasfigurada y su genio brillará con un resplandor tanto mas vivo, cuanto se habrá sostenido y preservado de debilidades enfrente de un poderoso é implacable enemigo.

Cuando podais, señor... inspiraros de estas reflexiones en las relaciones con el representante del gobierno

en el que estais acreditado, la fortuna habrá pronunciado su juicio, viendo á esta grande poblacion de París sitiada hace un mes, tan resuelta, tan tranquila, tan unida; espero con firmeza de corazon y confianza la hora de su libertamiento.

Recibid, etc.

JULIO FAVRE.

La rival generosa.

La existencia del hombre está ligada á la sociedad con vínculos tan indisolubles que en vano pretendo romperlos ni la fuerza de su filosofía, ni el imperio de la resignacion mas conforme de su suerte, ni los desencuentros y vicisitudes que haya experimentado en su vida. Es forzoso el choque de las pasiones de un hombre con las de sus semejantes, ora se amalgamen unas con otras entre sí, ora estén exentas de simpatía, para que continúe y haya existido la cadena de los siglos. El hombre demasiado sensible suele ser víctima de cualquier infortunio que le aqueja.

El opuesto á las sensaciones de aquel, experimenta otras, quizá en sentido contrario, pero que le apuran, que le desvelan, y aun le martirizan. Todos sienten, todos se afectan, todos padecen; y esta es la causa porque los sinsabores y disgustos de la vida se suceden frecuentemente unos á otros, y tan contados son y momentáneos los placeres.

Vivia en la ciudad de Valladolid un jóven llamado Emilio, cuyas recomendables dotes le grangeaban el aprecio de sus amigos y aun de los extraños. Su gallarda presencia sin envanecerse de ella, su pundonor bien entendido y el talento que debía á la naturaleza, formaban el conjunto moral y físico de este hombre, que apenas contaba veinte y dos años, pero que la suerte le habia destinado á ser muy pobre, y obligádole por lo mismo á probar las amarguras de calamidad tan grande entre los hombres.

Entonces habitaba tambien en la misma ciudad Adelaida, mujer tan llena de gracia y gentileza, tan tierna, generosa y modesta que le daban el renombre de perfecta. Pero Adelaida tenia esperanzas de ser muy poderosa á la muerte de sus ancianos padres, que poseian inmensas riquezas. Conociéronse ambos, y por una fuerza irresistible, oculta, por aquel secreto influjo que subyuga los corazones sin traslucirse de pronto el agente poderoso que le dirige, se enamoraron uno de otro y entrañablemente se amaron de allí á poco tiempo.

La madre de Emilio consentia el enlace futuro de su hijo con la hermosa Adelaida; pero los padres de esta joya inestimable lo repugnaban abiertamente, y para borrar de su imaginacion la memoria de su idolo y evitar los riesgos inminentes á que están expuestas dos almas que se quieren con todo el fuego de la amorosa y mas exquisita sensibilidad, escogitaron el medio de trasladarla á Valencia sin noticia de su amante.

Pero no fué tan sigiloso el intento, que la perspicacia de Adelaida y el trastorno de ciertas prevenciones de viaje no le revelasen el misterio. Un día antes de su partida, que si ignoraba adónde, no dudaba de que seria cierta, pudo hablar un instante á la prenda de su corazon, á su querido Emilio. Contóle lo que presagiaba por el aparato de su casa y le rogó encarecidamente que no se olvidase nunca de que era la mujer que habia nacido para él, como en mil momentos de ternura le habia manifestado, y que si la profunda inmensidad de los mares, ó la larga distancia de la tierra la separaba de su lado, el poder humano no era bastante á sofocar las inclinaciones de su corazon.

Emilio, encendido y palpitante, besaba su blanca mano y ardientemente la estrechaba contra su seno.

— Nada temas, le decia; en nuestro arbitrio está nuestra futura suerte: decidete á seguirme, y rompamos los lazos de la injusta opresion con que tus padres te atormentan. Yo no temo tu partida porque de tí desconfío, pero no puedo vivir con tu ausencia, sígueme.

Y asiéndola de la mano la impelia á abandonar la casa en que habia nacido. Adelaida repugnaba á todo trance la solicitud de su amante, porque Adelaida tenia honor que perder. La reputacion no era á sus ojos una palabra vana, estéril, sino la base en que apoyaba su virtud y su prestigio. Rehusó repetidas veces acceder á las súplicas de su querido, y le redujo por fin al convencimiento de sí mismo. Transigió este con ella, y despues de haberse asegurado mutuamente cumplir cada uno de por sí el juramento que habia prestado, Emilio le entregó una sortija de oro con una inscripcion en la parte interior de ella que decia:

Adelaida y Emilio hasta la muerte.

Corria el tiempo con aquella velocidad asombrosa que lleva cuando el hombre va á separarse de lo que mas ama, y por temor de aumentar la ira de sus padres, entre suspiros, lágrimas y ardientes besos se dieron aquel adiós último y siempre vehemente que anuncia la separacion.

A otro día desapareció Adelaida de Valladolid y fué conducida en coche propio á la ciudad de Valencia; pero tan celada de sus padres, tan oprimida y con reserva tal, que por espacio de seis años que allí permaneció,

ni una vez salió á la calle, ni una memoria tan sola pudo dedicar por escrito al dueño de su vida que tambien ignoraba su paradero. Vivian ambos desgraciados porque no se veian, habiendo nacido para unirse.

Emilio tenia un íntimo amigo llamado Adolfo, á quien contaba su desgracia y le compadecia, porque tambien Adolfo era sensible y abrigaba en su pecho el fuego del amor, pero no conocia á la encantadora jóven que tanto Emilio le ponderaba. Un día en que Adelaida acababa de lavarse y habia sacado de su dedo la sortija que su amante le entregara como recuerdo de constancia, su padre pudo columbrar el rótulo que por dentro tenia, y presumió que aquella podria ser el arma mas ofensiva para ellos, si lograba arrancarla de su poder. En efecto, como veia á cada instante la tenacidad con que su hija prometia cada vez mas arduosamente ser fiel á su Emilio, halló la ocasion de sustraerla de su poder en un momento que gozaba de la tranquilidad del sueño: sueño despues mil veces maldecido por ella, sueño que la puso al borde del sepulcro por entonces y que al fin fué el tósigo mortal de su existencia. Ya poseia por fin su padre vengativo el talisman de todos sus secretos, el tesoro mas preciado de su hija y le restaba solo quebrantar la fe de los esposos prometida, con la ficcion y la perfidia.

Hacia pocos dias que habia llegado casualmente Adolfo á Valencia para saldar cuentas del comercio que profesaba; y habiendo llegado á entender el padre de Adelaida que el jóven comerciante era íntimo amigo del amante de su hija, discurrió dar un magnífico baile para convidarle por medio de persona de quien nada pudiera recelar.

Y en medio del convite, en la mundana algazara del sarao donde alternaban á la par de los brindis palabras amorosas, lascivas miradas y voluptuosas frases vertidas y escuchadas por jóvenes de ambos sexos que por desgracia no faltan en casi todas las reuniones, polilla de la sociedad y de la desmoralizacion ejemplo, se le aproxima una señora modesta, blanca, hermosa, ricamente aderezada, pero sin que nadie apareciese que la acompañaba, y en voz baja le dijo estas palabras:

— Adolfo, me consta que sois el primer amigo de Emilio Salvatierra, y por lo mismo á vos solo trato de confiaros lo que á nadie entregaria. Esta sortija es la misma que me dió en Valladolid siendo mi amante, y por vos se la devuelvo. Tres años hace que le juré no olvidarlo jamás. La corta edad que contaba yo entonces de diez y seis años disculpan mi atolondramiento. Entregádsela en su mano misma: ya veis que nadie me fuerza á ello. Debo obedecer únicamente á mis padres y seguir la suerte que me tienen preparada con otro.

Adolfo intentó hablarla para pintarle el estado desgraciado de su amigo, pero en vano: la dama volvió rápidamente la espalda y á poco tiempo la vió agitar su donoso cuerpo bailando con uno de los mas elegantes convidados.

¡Fatal engaño! aquella no era Adelaida. Adolfo se retiró inmediatamente de la reunion contemplando la volubilidad de las mujeres y con el ánimo de preparar para el siguiente día su regreso á Valladolid.

A los ocho dias de su salida de Valencia llegó Adolfo á los brazos de Emilio, del mejor de sus amigos. Hízole mencion de lo ocurrido en el pasado baile en donde encontró á la jóven Adelaida; y al recibir la sortija que recordaba todos los dias como símbolo de la promesa de ser siempre suya, quedó inmóvil por largo rato, maldijo su suerte y trató de sobreponerse mal de su grado á la ofensa que la perjurá Adelaida hiciera á su sinceridad.

Tres años contaba de separacion; y despues de tan crudo desengaño se decidió á olvidarla si podia, y amar á Julia, espejo de virtudes y celestial hermosura, á cuya simpatía no habia correspondido por no faltar al empeño de su palabra; pero era pobre como él, y la madre de Emilio no consentia en su himeneo.

El ardor de la juventud de ambos no perdonaba ocasion de regalarse sus oidos mutuamente con el acento dulce de la verdad y del amor mas puro: la seguridad de su palabra, ejercia en ambos una influencia suprema. No dudaban entre sí de su fe, y por efecto de tanta confianza llegaron á tener un hijo que procuraron á todo trance ocultar hasta verificar la boda que no habian celebrado por no afligir Emilio á su anciana madre.

Algunos meses habian pasado, cuando cansados de vivir separados para el mundo, y deseosos de hacer alarde del hijo de su vida despreciando consideraciones y arrojando peligros, fijaron el día de su casamiento y se preparaban á ser mas felices aun que hasta entonces habian sido.

Llegado el día de la boda, caminaban los esposos al templo rebosando en su semblante la alegría, cuando una mujer velada el rostro, se interpuso entre ambos y con voz trémula y llorosa le dijo:

— ¡Ingrato, vas á perjurar otra vez delante de Dios?

Y alzándose impetuosamente el velo que la cubria, brilló pura y radiante la hermosura de Adelaida. La ceremonia quedó interrumpida por el congojoso desmayo que sobrevino á la inocente Julia, de que pudo volver en sí, merced al esmero de los facultativos y pasadas tres horas.

La madre de Emilio entre tanto habia caído gravemente enferma, mas por falta de alimentos que por la gravedad intrínseca de su mal. Llegó á saber que Adelaida, dueña ya de los inmensos bienes de sus padres que habian muerto, se hallaba en Valladolid y podria

aliviarla de sus fatigas; pero temia una repulsa por el olvido de su hijo á quien le rogaba por su vida, que se casase con ella y renunciase á la mano de Julia.

Los tres se hallaban en la casa de donde los novios salieran para casarse; pero mientras que suministraban á Julia los medicamentos análogos á su curacion, en otro aposento escuchaba Emilio á la desgraciada Adelaida que justificándose de sus acusaciones, le referia los tormentos que habia pasado durante el tiempo que de él estuvo ausente: que sus ojos ni se habian enjugado, ni llegaron á ver el sol fuera de la casa en que estaba encerrada: que rendida un día por el sueño que casi nunca reconciliaba, fué cuando echó de menos el emblema de sus amores, la sortija de que le hacia cargo.

— Tú no debes dudar, le decia, que no te engaño. Si hubieras visto cuánto he sufrido por tí. Y en los momentos mas angustiosos de mi vida: cuando la pena de no verte oprimia mas lastimosamente mi corazon, y solo el recuerdo de tus dulces promesas restituia la calma á la intranquilidad de mi espíritu, tú quizá vendias con iguales ternezas la vehemencia momentánea de tu amor inconstante á otra mujer: tú rompiendo el deber sagrado que te impusiste de serme siempre fiel, ardias en ansia de enamorar á esa infeliz Julia para engañarla tal vez.

Apenas podia Emilio contestar á los cargos de Adelaida, no por falta de razones y justas disculpas, sino por verse acosado tan terriblemente del peso de la desgracia.

Pero en medio de su dolor, y á impulsos de su intachable comportamiento, culpaba la perfidia de los padres cuyos caprichos arrastran á sus hijos á la infelicidad. Maldecia la suerte que tan adversa le habia sido, y en agitacion continua.

— Adelaida me ha sido fiel, repetia á cada instante: su vida pende de mí, como su muerte: ella no tiene culpa, yo debiera ser su esposo porque se lo prometí antes: puede además socorrer á la madre de mi vida que me demanda el alimento para no perecer. Pero Julia reclama tambien mi mano porque yo se la di, porque es suya. Yo causaria su desesperacion si la abandonase: ¿qué motivo tengo para ser su verdugo? No: á las dos quiero mostrarles que Emilio se sobrepone á una temprana muerte, cuando colocado en tan penosa alternativa, la felicidad de una puede labrar la tumba de la otra.

En seguida sacó rápidamente una pistola y al entrar en la habitacion que habia de servir al último instante de su vida, se encontró con Julia y su hijo que arrodillados ante una imagen de Jesus rogaban fervorosamente por la felicidad de su padre: cuya impensada vista hizo tal impresion en su ánimo, que arrojando el arma de su mano, exclamó lleno de un fuego cariñoso.

— Tú desarmas, hijo mio, el golpe de mi desesperacion.

Y besándole y estrechándole entre sus brazos contemplaba cuál hubiera sido la suerte de aquel ángel de inocencia si hubiera perpetrado su horroroso designio.

Adelaida llegó despues y ocultando la turbacion de su agitado espíritu, le manifestó que su madre estaba asistida con todo el esmero posible, y muy en breve se restableceria de su enfermedad.

— Me arrepiento, añadió, de haberte reconvenido por causa de nuestros amores. Mi infelicidad solo puede arrastrar á una víctima á ser sacrificada; pero si tú faltas de la tierra, Julia que es inocente como yo, sucumbirá al pesar de haberte perdido: el hijo de tus entrañas se veria huérfano y desvalido: tu anciana madre seria asesinada por el cuchillo de su querido hijo, y la infortunada Adelaida no probará menos desventura. No: sed felices los cuatro y solo peligro yo. Dame al menos una prenda de tu amistad, una prueba de que me compadece; y tú, Julia querida, mas digna sin duda que yo y destinada por el cielo á poseer la joya mas preciosa de mis amores, dedica una lágrima de compasion á la suerte que me aguarda: séaos grata la memoria de mi acerba desventura; y que la prosperidad mas dichosa corone los dias deliciosos de vuestra existencia.

Entonces Emilio le entregó la misma sortija que habia recibido de Adolfo, causa de todas su penas, y Julia imprimiendo ardientes y repetidos besos en la frente de su generosa rival, la vieron congojosa y triste deslizarse sus vacilantes pasos para no volverla á ver jamás.

Loca en seguida por espacio de once meses sin el menor intervalo de cordura, pereció despedazándose á sí misma pronunciando únicamente estas palabras:

— Por mis padres fui sacrificada: Emilio y Adelaida hasta la muerte.

GONZALEZ ELIPE.

Incendio de Saint-Cloud.

El jueves á las cinco de la tarde al salir por la puerta del *Point-du-Jour* con direccion á las avanzadas, vimos hácia Saint-Cloud un denso y negro humo que subia lentamente por los aires. Era el palacio de Saint-Cloud incendiado por las bombas del monte Valeriano, porque la defensa de Paris tiene necesidades implaca-

bles. El fuego activado por el viento del Oeste habia invadido todas las alas del edificio, que parecia un horno encendido. Por las ventanas salian llamaradas en torbellinos ú ondeando lentamente. Aquel inmenso incendio se destacaba entre los fulgores del sol en el ocaso.

Saint-Cloud habia sido incendiado ya otra vez por los ingleses en 1346, despues de la batalla de Poitiers.

Reconstruido el palacio fué ocupado sucesivamente por Francisco I y Enrique II. Jacques Clement asesinó allí á Enrique III, el último de los Valois. Enrique IV, primer Borbon, probó en Saint-Cloud la fortuna de las armas y alcanzó sus primeros triunfos. Tambien á él le debia salir bien el famoso viaje de Saint-Cloud á Tullerías, que tanto figura en la historia de Francia.

El duque de Orleans, hermano de Luis XIV, mandó dibujar los jardines al célebre Le Notre y, trasformó Saint-Cloud en sitio real. Allí murió Enriqueta el 30 de unio de 1670 y en Saint-Cloud debia resonar como un

trueno esta sorprendente noticia: *madama se muere, madama ha muerto*. El regente recibió en Saint-Cloud (1717) al czar Pedro, y en 1785 la reina Maria Antonieta compró el palacio por seis millones.

Habitado sucesivamente por Napoleon I y por Luis XVIII, tambien lo fué por Carlos X que firmó en él las ordenanzas del 24 de julio de 1830.

Estos recuerdos tristes ó nefastos viven en la historia; pero lo que muere para siempre, lo que el incendio ha reducido á nada es el arte, con los frescos que varios pintores ilustres han prodigado en las paredes de Saint-Cloud, en las puertas y en las bóvedas de las habitaciones.

Mignard adornó el salon de Marte, en tanto que su rival de gloria Lebrun ejecutaba en Versalles la obra inmensa.

En la galería de Apolo, Mignard no hizo mas que obras maestras. El *Nacimiento de Apolo y de Diana*; *Saturno implorando á Júpiter*, encima de la puerta;

en el centro *Apolo en su carro*, el *Parnaso*, las *cuatro Estaciones*.

Creemos que los lienzos que habia en el palacio so pusieron anticipadamente en lugar seguro.

Los salones de *Diana* y de *Venus*, de *Mercurio* y de la *Aurora*, estaban adornados con igual gusto y riqueza.

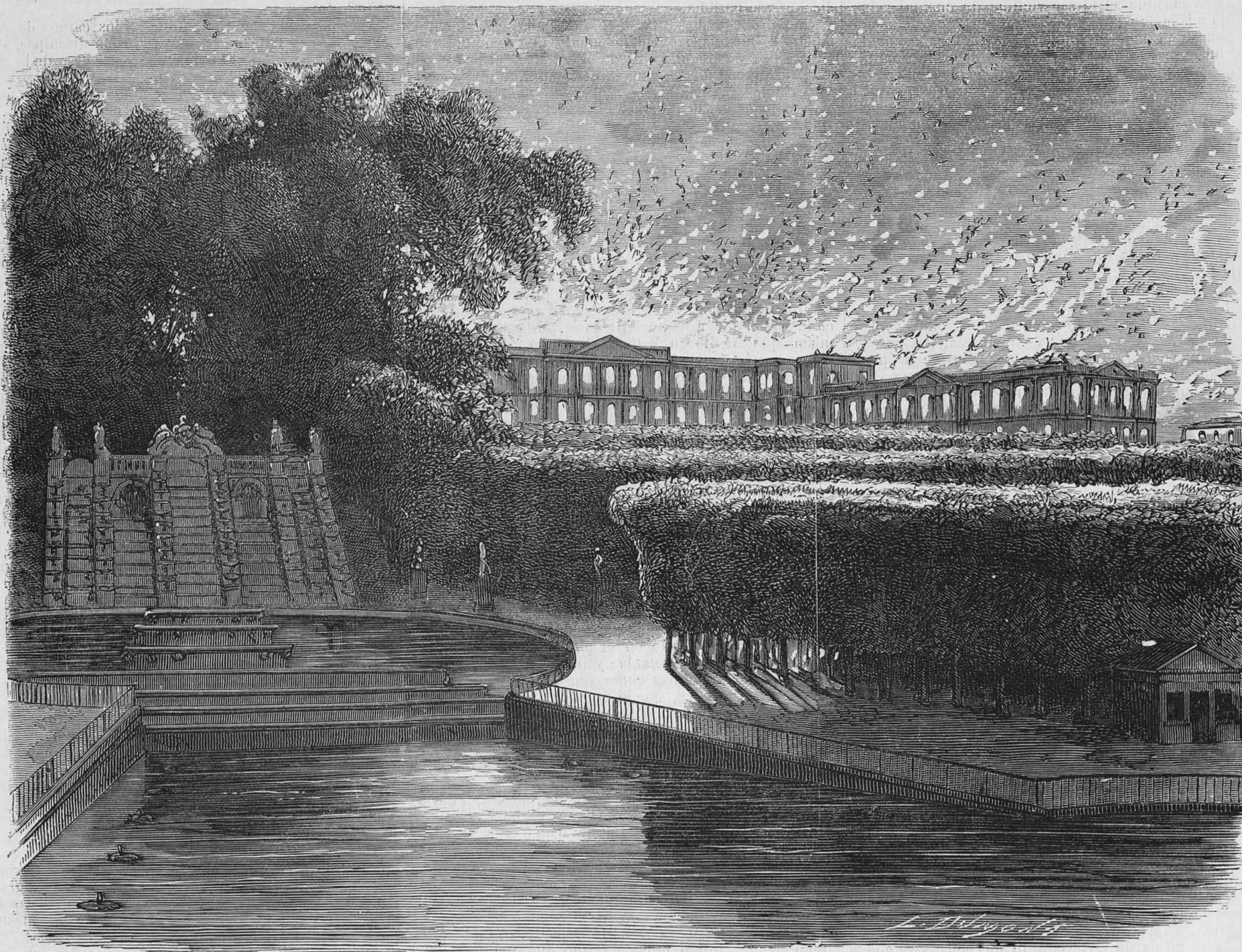
Antonio Coypel pintó el techo del salon de la *Verdad*.

Muy de sentir es la pérdida de las admirables tapicerías de los Gobelinos, que representaban diversos cuadros de Rafael, una de las mas bellas páginas del arte francés. Todos los muebles de aquel salon eran de tapicería de Beauvais.

¡ En algunas horas todo ha desaparecido !

No concluiremos sin añadir aquí un recuerdo histórico.

No es esta la primera vez que el palacio de Saint-Cloud recibe la visita de un ejército extranjero.



Incendio del palacio de Saint-Cloud.

En 1845 cuando debió rendirse Paris se firmó en Saint-Cloud la capitulacion el dia 3 de julio.

Los jardines presentaban la imágen de un campamento y los caballos del Norte bebian las claras aguas del parque.

Uno de los vencedores se habia tendido sin desnudarse en la cama de Napoleon, regocijándose en su orgullo de desgarrar las sábanas imperiales.

Una porcion de perros que le seguian ocupaban y devastaban las habitaciones y los libros de la biblioteca arrojados en monton en el suelo, atestiguaban el furor vengativo de los vencedores.

Sin embargo, hubo entonces una fiesta en Saint-Cloud; pero fué una fiesta dada por los invasores de la Francia, por el príncipe de Schwartzberg á los soberanos extranjeros.

Esta vez los prusianos no daban fiestas, pero se habian acuartelado en el palacio con una seguridad completa, sin duda era para ellos un asilo tan seguro co-

mo el de las ambulancias. Tal vez se imaginaban que el cañon del monte Valeriano nunca les iria á desalojar en aquella morada soberana.

Grande ha debido ser su sorpresa. Dícese que á la noticia del incendio, el rey Guillermo se fué á las alturas de Meudon para disfrutar del espectáculo, y se añade que le impresionó vivamente aquella determinacion, pues es para él la prueba de que Paris no retrocederá ante ningun extremo.

Los parisienses se preocuparon mucho por saber si las riquezas artísticas del palacio habian sido destruidas por el incendio. La nota siguiente publicada por el *Journal Officiel* ha disipado las inquietudes sobre este punto.

COMUNICACION OFICIAL.

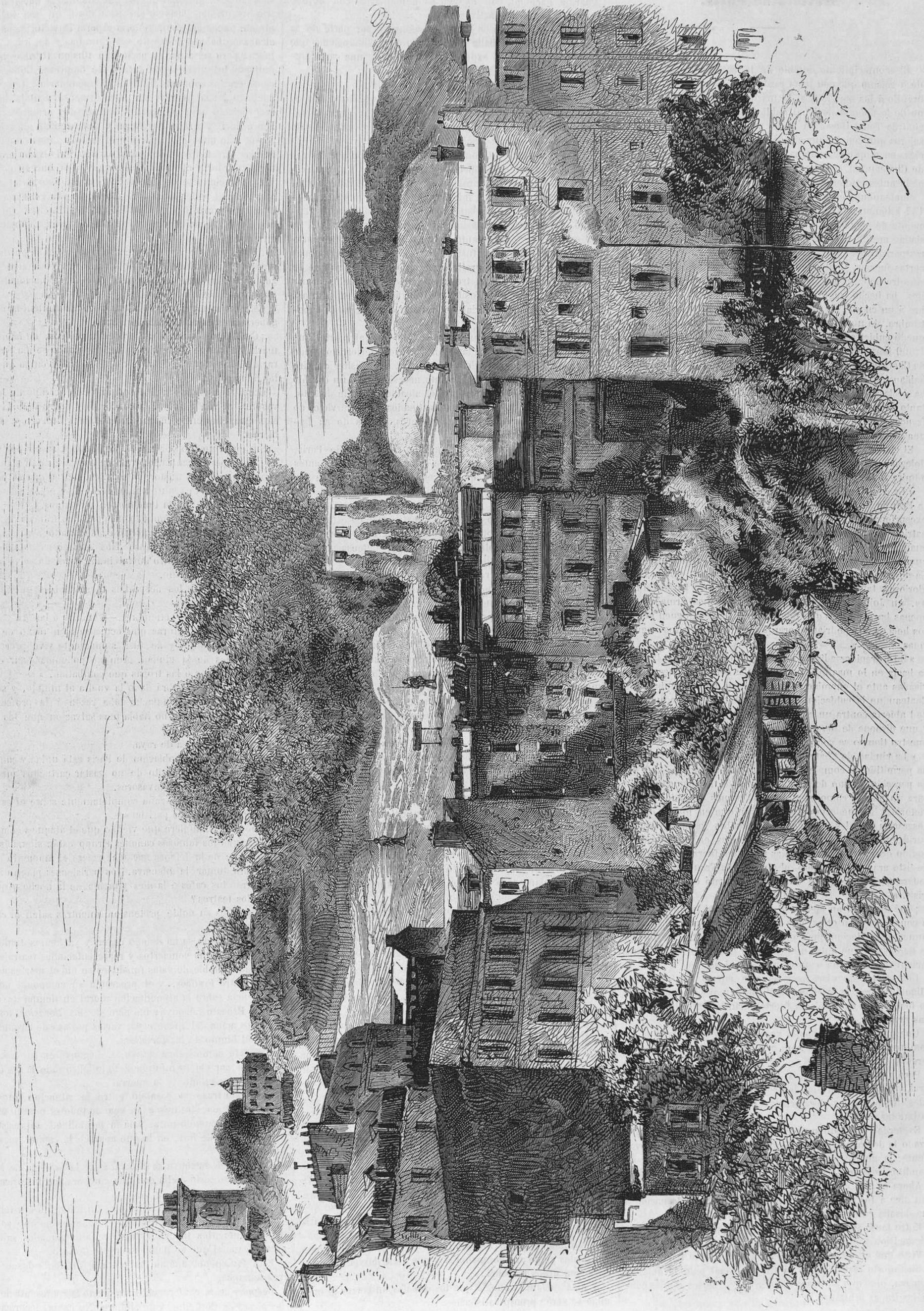
Podemos tranquilizar al público y á los artistas sobre

la suerte de los objetos de arte que adornaban el palacio de Saint-Cloud.

Se tuvo cuidado de sacar del palacio para ponerlos al abrigo en Paris, anteriormente al sitio, todos los cuadros, excepto los techos y las puertas, todas las tapicerías de los Gobelinos, magníficas reproducciones de la galería de Rubens, las mejores piezas del mueblaje, treinta y ocho preciosos jarrones de cristal de roca, jaspe, etc., con monturas de la época del renacimiento, la estatua de la Noche por Pollet y la Safo de Pradier.

En cuanto al célebre cuadro de Murillo, que habian llevado del Louvre á Saint-Cloud, se volvió á llevar al Louvre desde mediados de agosto.

L. L.



DEFENSA DE PARIS. — La batería de Montmartre.

Revista de Paris.

El acontecimiento notable de la semana ha sido un acto de heroísmo que con justa razón ha llenado de admiración y orgullo á los parisienses. El martes 25 de octubre el gobierno de la defensa nacional publicó un despacho de la delegación de Tours llegado á Paris por uno de esos alados mensajeros que con frecuencia nos traen noticias de las provincias, en el que se contaba la brillante defensa de la ciudad de Chateaudun, que ha preferido el incendio y la ruina completa antes que entregarse al enemigo.

Chateaudun, en el departamento de Eure y Loir, situada á 132 kilómetros de Paris en la dirección de Orleans, apenas cuenta de población 6.500 habitantes y sus defensores consistían en 600 guardias nacionales y algunos francos-tiradores parisienses que habían acudido en su auxilio. Con tan cortas fuerzas, Chateaudun, ciudad completamente abierta y sin otra defensa que las barricadas improvisadas en sus calles, ha hecho frente mas de nueve horas el día 18 de octubre á un cuerpo de 5.000 prusianos provisto, como de costumbre, de una formidable artillería. La plaza de la ciudad quedó cubierta de cadáveres prusianos; el enemigo perdió 1.800 hombres, y cuando al fin de la lucha se hizo dueño de Chateaudun, no encontró mas que ruinas: sus bombas habían incendiado todos los edificios. El gobierno de Tours ha declarado benemérita de la patria á una población que tanto se ha distinguido, y ha destinado un crédito de 100.000 francos á reparar las primeras pérdidas que ha ocasionado una resistencia tan heroica.

El gobierno de Paris, ratificando la justa decisión de la delegación de Tours, ha expresado en las líneas siguientes la admiración que tan brillante defensa le ha infundido:

« La crisis formidable que atravesamos, y de la cual saldrá la Francia victoriosa y regenerada, da á conocer cada día las excepcionales virtudes y el prodigioso vuelo que toma el patriotismo francés en las horas de prueba. Principalmente cuando no debe contar sino con sus propios recursos, es cuando el espíritu nacional francés obra esos prodigios. La guardia nacional está dando en el día las pruebas mas gloriosas, tanto en los departamentos como en Paris. En Rosny, en Joinville-le-Pont algunos ciudadanos armados que apenas hace un mes que tienen armas, se distinguen por altos hechos que podrían enorgullecer á las tropas mas aguerridas.

» Su intrepidez adivina en cierto modo el arte de la guerra hasta en lo mas difícil, que son las combinaciones improvisadas ante el enemigo y la sangre fría en el combate. En Chateaudun la población civil defiende todo un día una ciudad abierta contra un enemigo envalentonado por el triunfo y que dispone de los medios militares mas superiores que en nuestro tiempo se conocen.

» La ciudad de Chateaudun no ha sido tomada, sino que ha permitido su completa ruina; no se ha rendido, sino que ha perecido en uno de esos esfuerzos de heroísmo que son para un pueblo como el nuestro no menos fecundos que las victorias. No puede morir una nación que en medio de sus desgracias da tales ejemplos. Las pruebas la engrandecen y purifican. Una serie de catástrofes, únicas en la historia, ha podido destruir en algunos días todas las fuerzas organizadas de este gran pueblo; pero el alma de la Francia es imperecedera y el alma de la Francia la salvará en tan suprema crisis. »

¡Qué ejemplo, en efecto, el de esa ciudad, y qué contraste con el que dan otras, que no queremos nombrar, otras de numerosa población que contaban naturalmente con medios de defensa, y que antes que combatir han preferido prestarse pacientemente á una ocupación ignominiosa!

Una de las singularidades de esta guerra fatal que hoy afflige á la Francia, será esa facilidad con que las poblaciones no fortificadas como plazas fuertes, han sufrido las exigencias prusianas.

Una partida de hulanos, á veces un grupo de cuatro ó seis hombres, era lo bastante para que la población aprontase víveres y dinero, al antojo de los invasores.

Pero ¡qué desengaños! A las primeras requisas seguían otras y otras, siempre en desproporción con los recursos locales, hasta que las desgraciadas poblaciones quedaban esquilmas.

Es verdad que esto sucedía cuando aun no se había organizado la defensa nacional, cuando se abandonaba exclusivamente la guerra á los ejércitos que debían sucumbir en inauditos desastres, cuando el pueblo en fin, no tenía armas.

Ahora es otra cosa y la resistencia memorable de Chateaudun dice á los prusianos lo que debe esperar de la nación á que desafía con sus armas victoriosas.

Entre tanto Paris continúa mostrando por su parte la misma decisión y el mismo denuedo.

Visto que el enemigo no intenta el ataque que tendría para él un funesto resultado, la guardia nacional pide la defensa ofensiva, pide que se hagan numerosas y fuertes salidas contra las líneas prusianas,

El gobierno ha debido atender á estas manifestaciones, y el primer paso ha consistido en movilizar una parte de la guardia nacional, con lo cual se aumentarán con 40.000 hombres las fuerzas activas.

Sin embargo, esto de tomar la ofensiva por parte de la guardia nacional se halla subordinado á consideraciones que el general Trochu ha expuesto claramente en una carta digna de ser conocida.

Sus principales párrafos dicen lo siguiente:

« El gobierno de la defensa nacional no puede menos de fomentar el impulso patriótico de la población; pero al comandante en jefe corresponde dirigirle, porque este derecho envuelve para él responsabilidades infinitas.

» Bajo este concepto no debe aconsejarse sino por las reglas de la experiencia especial que debemos á los acontecimientos en que ha sucumbido el ejército del Rhin; y ellas demuestran que ninguna infantería, por sólida que sea, puede combatir en buenas condiciones contra el ejército prusiano, si no la acompaña una artillería proporcionada á la del enemigo; y por lo tanto me aplico yo á formar esa artillería. Además nuestros fusiles de percusión son muy buenas armas detrás de una muralla cuando no se trata mas que de tirar de prisa; pero una tropa que saliera con tales armas contra otra provista de fusiles de tiro rápido, se expondría á un desastre que no podrían conjurar ni el valor ni la superioridad moral.

« En el llamamiento que haga el gobierno al patriotismo de las compañías destinadas á un servicio exterior, no puede dirigirse sino á los batallones armados con fusiles de tiro rápido. De aquí resulta la absoluta necesidad de un cambio de armas amistoso que presidirá el alcalde de cada distrito, de manera que los voluntarios destinados á un servicio de guerra estén armados con los mejores fusiles de su batallón. »

En suma, esto quiere decir que la guarnición de Paris, soldados y ciudadanos, no puede salir de las murallas antes de tener el armamento que necesita de cañones y fusiles propios para luchar contra los fusiles y los cañones de los prusianos.

Mientras el gobierno acelera la construcción de estas nuevas armas que se fabrican en Paris en grande escala, se abren suscripciones públicas para dotar á la defensa nacional de 1.500 piezas de artillería del nuevo modelo.

En todas partes se recogen los donativos para esta obra patriótica, y hay corporaciones como la compañía de los agentes de cambio que suscriben crecidas sumas, 30.000 francos, suma que representa el coste de una batería entera.

Es una nueva prueba del deseo que anima á los parisienses de romper cuanto antes las líneas prusianas.

Con efecto, cada día que pasa aumenta sobremanera la impaciencia pública.

Es cierto que se hacen salidas como la del 21 hácia Rueil y Bougival, acción en que los prusianos tuvieron bastantes pérdidas, y pudieron ver que ya las fuerzas francesas cuentan con cañones como los suyos, pues figuraron en el combate como unas cien piezas de artillería; pero estos reconocimientos no bastan ya, y se clama porque se hagan pruebas decisivas.

El general Trochu no cede y dice que no cederá á la presión de los parisienses. Tiene su plan, del cual es responsable y le seguirá hasta el fin sin revelar á nadie: lo único que pide á la población de Paris es que continúe dispensándole la misma confianza que hasta hoy le ha merecido.

Todo el mundo ha aplaudido estas palabras y nadie exige conocer el plan; pero de todos modos, la impaciencia general está muy lejos de calmarse.

Como es la voz del patriotismo la que habla, no hay modo de imponerle silencio, y lo que se hace es entrar en explicaciones que demuestran hasta qué punto trabaja el gobierno de la defensa nacional en la ardua tarea de que se ha hecho cargo.

Cada día que pasa se adelanta en esta obra gigantesca de hacer surgir de la nada, digámoslo así, mas de medio millón de combatientes.

M. Jules Favre, incansable como el primero en tan colosal trabajo, acaba de señalar á nuestra atención en una carta que ha dirigido al alcalde de Paris, sobre la formación de los batallones de guardias nacionales movilizables, todo lo que se ha hecho en este punto en cuatro ó cinco semanas.

Son verdaderos prodigios de actividad y de patriotismo.

Mientras la ciudad se trasformaba erizando su recinto de aproches inexpugnables, los alcaldes hacían cuanto estaba en su mano para vestir y equipar á los que se apresuraban á empuñar las armas.

Así es que suministraban « 172.346 chaquetas, 156.178 pares de pantalones, 210.503 kedis, 158.503 mantas, 137.648 pares de zapatos. Es mas de la mitad de lo que hacia falta y lo restante se concluye. Dentro de poco Paris tendrá en su seno 344.000 combatientes armados y equipados, sin hablar de los 36 batallones de ingenieros, tan bien dispuestos como sus compañeros y que contribuyen á la defensa con útiles trabajos. »

Y mas adelante anuncia que los que desean correr al enemigo se verán pronto satisfechos,

« Tal es la muralla viva que la capital opone á los invasores, y no solo su fuerza numérica y su cerco de acero, sino tambien su alma, desafían al enemigo y hacen á la patria invencible. Paris unido para morir en una lucha suprema, puede sin fanfarronería esperar la victoria. La habria alcanzado bajo el fuego de sus murallas y la irá á buscar fuera; pero seria por su parte una ilusión terrible el disimularse los peligros de semejante empresa. Conocerlos y considerarlos con vista firme es ya menguarlos. Contener al enemigo á sus puertas era una inmensa ventaja, que ha aprovechado para recogerse, instruirse y armarse. Siendo ahora dócil y grave por razón y por espíritu de sacrificio, comprende que la violencia y el método deben doblar sus fuerzas y resuelto á todo para expulsar al extranjero, mordera su ardor y consiente en seguir á los que le guían en vez de precipitarse delante de sus pasos. Este es el triunfo mas útil del poder moral, el único que nos gobierna desde hace mes y medio y que será nuestra salvación. Que cada uno de mis conciudadanos le rinda homenaje, sujetándose á la disciplina. »

Noble lenguaje y perfectamente comprendido por la gran masa de la población, que no desea otra cosa sino que el gobierno disponga de ella para la defensa nacional en el plazo mas próximo.

Esta mancomunidad de ideas y de sentimientos con los gobernantes es una fuerza inmensa.

¡Cuán lejos estamos ya de aquella profecía de M. de Bismark, en la que declaraba que el populacho se iba á apoderar de Paris y que la Francia no vería mas recurso que apelar á los prusianos!

Cruel ha debido ser el desengaño en el campo de los invasores, al ver la unión, la concordia y sobre todo la decisión que reina entre todos los defensores de Paris y su gobierno.

Sin embargo, no por eso M. de Bismark se dá por vencido; antes por el contrario, trata de aparentar que sigue creyendo en aquellos trastornos sociales, de los que se prometía un triunfo tan seguro como fácil.

La prueba de ello la tenemos en las manos.

M. de Bismark ha fundado un periódico francés en Versalles con el título del *Nouvelliste*, destinado á propagar en Francia los errores mas crasos, los absurdos mas chocantes sobre lo que pasa dentro de la ciudad asediada por los ejércitos del rey Guillermo.

Hé aquí uno de los despachos mas notables que publica el diario prusiano:

« Ferrieres 23 de setiembre. — Anoche á las 10 y 25 se ha oído desde las alturas que ocupamos en torno de Paris un fuego de cañón y de fusil sumamente vivo procedente de las calles de la ciudad. Aun no podemos decir cuáles eran los partidos ó las tropas que combatían. »

Y este despacho habrá dado la vuelta al mundo, y se habrá dicho que el populacho daba razón á la profecía de M. de Bismark y que no había mas salvación que los prusianos.

La invención pasa de raya.

Lo repetimos: la población de Paris está unida y compacta y firme en su propósito de no gastar cartuchos mas que contra sus implacables invasores.

M. de Bismark se engaña completamente sobre el espíritu que domina entre los parisienses.

¿Qué diría si supiera que viendo que el ataque se demora, esto es, que los famosos cañones Krupp están silenciosos, y el gobierno de la defensa nacional espera el momento oportuno para tomar la ofensiva, los parisienses piden que no les cierren los cafés á la diez y media de la noche y que se abran los teatros?

Pues tal es su doble pretensión mientras salen al campo de batalla.

Y en un punto se ha debido ceder y ya hemos tenido en la última semana conciertos y representaciones teatrales.

La mas notable de estas funciones se dió el martes último en el Teatro Francés, y el programa se componía de una conferencia sobre la alimentación moral en tiempo de sitio, por M. Ernesto Legouvé; un acto de los *Horacios*, los dos primeros actos del *Misántropo*, varias poesías de circunstancias y el himno de la *Marsellesa*.

Brillante como nunca estuvo M. Legouvé en su discurso, que tenía por objeto infundir á todo el mundo la confianza en el feliz resultado de la guerra.

Para esto trazó un paralelo entre la situación de Paris despues del desastre de Sedan cuando todo el mundo estaba consternado, cuando no se veía la posibilidad de resistirse, y la situación de hoy, en la que aparece la capital inexpugnable.

Tambien M. Legouvé se hizo cargo de la profecía de M. de Bismark y contestó á ella con una comparación histórica digna de ser citada.

Dijo que en el sitio de Corinto el incendio fué tan terrible que muchos metales diferentes se fundieron en uno solo, y de sus elementos tan violentamente amalgamados salió el precioso metal que se llamó metal de Corinto.

Este fenómeno, añadió, se produce en Paris desde hace tres semanas.

Despues de la conferencia tuvo efecto la representación de las piezas de Corneille y de Moliere. No había decoraciones

ni trajes, pues todos los accesorios de teatro están almacenados por la eventualidad del bombardeo; pero esto no obstante, el público quedó complacido de una función que le distrajo un momento de la monotonía que hasta ahora presenta el sitio y que terminó con la *Marsellesa*, es decir, con un grito de patriotismo y de entusiasmo.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EPÍSTOLA IV.

En medio de la noche cuando todos
Gozan en paz del bondadoso sueño,
Y no se oye una voz que á turbar venga
La augusta majestad de este silencio,
Donde todo es quietud, calma profunda,
El mar lejano, el áspero desierto,
Y las altas montañas que levantan
A nuestra espalda su peñon inmenso:
Trascritos, Fabio, en estas pobres hojas
Te envío mis ocultos pensamientos,
Y hablo contigo y me parece verte,
¡Aun cuando estoy abandonado y lejos!
Mas ¿qué valen del tiempo y la distancia
Las horas largas, si del dulce afecto
Intactas guarda el corazón las flores
Y eleva á la amistad sagrado templo?
El árbol del olvido nunca extiende
Sus hojas tristes y ramaje espeso
Sobre el altar que eleva en la distancia
El alma cariñosa á sus recuerdos.
Fijos están en mi memoria, oh Fabio,
Mis amigos, mis deudos y ese pueblo,
Ese pueblo querido, donde alegres
Las dulces horas de mi infancia huyeron.

¡Y ella también!... Como una sombra vaga,
Delicada visión de mis ensueños,
La tengo ante mis ojos, siempre hermosa,
¡Rodando en rizos negros sus cabellos!...
¡Es un sueño feliz! Si en la montaña
Cruzando voy el áspero sendero
Cuando muere la tarde y la alta luna
Pasea solitaria el firmamento,
Me parece mirarla que á mi lado
Marcha también, su labio sonriendo,
Y me alienta en mis sueños de esperanzas
Y me dice palabras de consuelo:
Yo la escucho en silencio, conmovido
Por un vago y oculto sentimiento,
Y voy á hablarla... Súbito se rompe
Mi celeste ilusión... ¡fue solo un sueño!...
Pero un sueño feliz, que el alma adora,
Que hace más bello el íntimo secreto,
Y el silencio solemne de la tarde,
Y la calma profunda del desierto.

¡Oh! ¡si fuera verdad! ¡Si la tuviera
Conmigo en mi jornada! A sus cabellos
Enlazara coronas de jazmines
Y sellara su frente con mis besos:
A la orilla del mar, junto á la roca
Solitaria, lugar de mis paseos,
La hablara de mi amor, y me embriagara
En la luz tibia de sus ojos bellos.
Sostuviera su lánguida cabeza
Sobre mi ardiente, acongojado pecho,
Y en mi delirio santo en ella hallara
¡La hermosa estrella de mi dulce cielo!
¡Cuántas veces cruzando de los mares
La sublime extensión mis pensamientos
Me la pintaron mía! Era una tarde
Purísima de estío: su recuerdo
¡En mi memoria está! Yo reclinado
En la ancha popa, incógnito viajero,
Gozaba el espectáculo solemne
De una tarde en el mar: se veía al lejos
Hundirse el sol del trópico entre nubes

De nácar y de púrpura, y silencio
Y augusta majestad eran corona
Del panorama espléndido y soberbio.
Mi alma mecida en sueños más hermosos,
Como el pájaro errante, en el misterio
Del hermoso crepúsculo volaba
A otra región de trasparente cielo,
A mi patria gentil, querido Chile:
Entonces de mis párpados cayeron
Dos lágrimas amargas, arrancadas
No al grosero dolor de un torpe miedo,
Sino á un recuerdo dulce y delicado
Que el mar me trajo entre la sombra envuelto:
Era ella, era su imagen trasparente
Que en el fondo del alma ví en secreto,
Pura como las auras de la tarde,
¡Bella como los himnos del recuerdo!

¡Oh Fabio, de mi amor la santa llama
Crece en la soledad! Al sentimiento
Naturaleza pródiga convida:
El refulgente sol, el claro cielo,
El mar que muere en la redonda playa,
Las aves que se unen del espeso
Bosque en la umbría copa, donde reinan
Profunda paz, magnífico misterio,
¡Oh, todo habla de amor! ¡Do quier se escuchan
Suspiros de placer, dulces acentos,
Enamoradas frases, tiernas quejas,
Promesas, esperanzas y deseos!
¡Tal fue acaso el Eden cuando salía
De manos del Creador: un sol de fuego
Iluminaba un mundo de ventura,
Y era aquesta armonía el himno eterno!
Pero faltaba vida en ese espacio,
Algo faltaba que era más perfecto,
Más alto que los lazos terrenales,
Y digno de los ángeles del cielo:
¡Era el amor! Dios coronó su obra,
Y dos seres unió con lazo estrecho,
Que ricos de placer y de esperanzas,
Para amarse los dos, los dos nacieron.
¡Eva y Adán tendieron los brazos,
Confundieron sus almas con su aliento:
Y á tan hermosa unión hizo armonía
El dulcísimo son del primer beso!

¡Como cuerdas de un arpa estremecida
Se conmueven las fibras de mi pecho
Rico de juventud, siento en el alma
Brotar audaz, incógnito deseo
De adquirir gloria inmensa y ofrecerla
Toda en las aras de su augusto templo!
¡Pero no tengo más que un alma honrada
Y una lira que arranca blandos ecos,
Y esa es la ofrenda que á sus pies depongo!
¡Nos daremos los dos lo que tenemos:
Ella de su sonrisa el dulce halago,
Yo de mi corazón el santo afecto!
¡Fabio, no es el placer que el oro arranca
O compra el interés el verdadero
Placer que de almas virtuosas
Ata el sagrado vínculo. Ligero
Huye aquel, deja amargos desengaños
Y luego decepción; al mismo tiempo
Que el goce muere, empieza el duro hastío
Que cubre el corazón de horrible duelo!
Una cabaña humilde entre las flores,
El torrente ruiendo allá á lo lejos,
Y el ramaje del bosque solitario
Poblado de palomas y jilgueros,
Y bajo un cielo espléndido dos almas
Una en la otra sin cesar viviendo,
Y de dos corazones que se adoran
La armonía sin número y sin tiempo:
¡Eso es bastante para hacer, oh Fabio,
De este valle de lágrimas un cielo!
— ¡Si la pudiera yo llevar conmigo
De esa cabaña bajo el dulce techo!

CARLOS WALKER MARTINEZ

1866.

El combate de Bagneux.

El objeto del reconocimiento que ha dado margen al combate de Bagneux no carecía de cierta importancia. En la primera semana del mes de octubre se habían observado grandes movimientos de tropas prusianas en las alturas de Chatillon. Unos suponían que el enemigo quería atacar las posiciones de Villejuif y otros temían que avanzara contra un cuerpo francés procedente de Orleans.

Importaba, pues, cerciorarse de este punto y la salida operada por las tropas del general Vinoy ha alcanzado completamente aquel objeto.

Hé aquí el parte del general Vinoy al gobernador de Paris sobre este reconocimiento favorable á las armas francesas:

Señor gobernador: En la noche del 42 del corriente, me prescribisteis operar un gran reconocimiento sobre Bagneux y Chatillon y rechazar fuertemente al enemigo hacia sus posiciones.

Trasmití inmediatamente vuestras órdenes, y para dirigir y vigilar la ejecución, me trasladé al día siguiente á las seis de la mañana, al fuerte de Montrouge.

Mis instrucciones no pudieron llegar al general Blanchard sino á una hora muy avanzada de la noche, y las disposiciones que debían tomarse exigieron un poco de tiempo, de modo que no pudo comenzar antes de las nueve el ataque de las aldeas. Esta circunstancia no ha sido desfavorable para el resultado de la jornada, porque la atención del enemigo está en alerta al alba; luego descuida un tanto su vigilancia.

A las nueve en punto todas las tropas estaban en los puntos que previamente se les habían designado, y se ponían en movimiento á una hora convenida; dos cañonazos disparados por el fuerte de Montrouge.

La 3ª división del cuerpo 43º, general Blanchard, estaba encargada particularmente de la acción; debía ser sostenida por la brigada Dumoulin, de la división Maud'huy, y por la brigada de la Charriere, división Causade.

Dos batallones del 43º de marcha, con 500 guardianes de la paz, debían apoderarse de Clamart, mantenerse en él, vigilar á Meudon, y llevar sus avanzadas hasta el terraplen de Chatillon.

El general Susbille, con el resto de su brigada (el 44º de marcha y batallón del 43º), reforzado por 500 guardianes de la paz, debía atacar á Chatillon por la derecha; los móviles de la Cote-d'Or y un batallón de los móviles del Aube, debían forzar á Bagneux, esta blecerse en él sólidamente, mientras que el 85 de línea con otro batallón de la Cote-d'Or, debía abordar á Chatillon de frente y ocupar Fontenay, para vigilar la carretera de Sceaux.

El 42 de línea, con el tercer batallón de l'Aube, recibió orden de quedar de reserva detrás de Chatillon, hacia el centro de las operaciones, en el lugar llamado de la *Baraque*.

La brigada la Charriere tenía por misión de trasladarse al camino de Bourg la-Reine, y mantener las fuerzas que el enemigo dirigía de este lado, para tratar de envolver nuestra izquierda.

La columna de la derecha se apodera de Clamart sin tirar un tiro y se mantiene en él; pero encuentra cerca del terraplen de Chatillon posiciones ocupadas fuertemente y se detiene sin adelantar más.

El general Susbille ataca vigorosamente á Chatillon, sostenido por su artillería de campaña y por la de los fuertes de Issy y de Vanves. Pero se encuentra detenido desde la entrada del pueblo por barricadas que se suceden y por un vivo tiro de fusilería, partiendo de las casas almenadas. Se ve obligado á tomar las casas una á una y á acudir á la energía de sus tropas, usando siempre de una gran prudencia para continuar esta guerra de sitio. El general recibe un tiro en la pierna; pero su herida no presenta felizmente gravedad; permanece á caballo y sigue mandando su brigada.

La columna de la izquierda se apodera rápidamente de Bagneux después de una viva resistencia. Los móviles de la Cote-d'Or y del Aube, bajo las órdenes del teniente-coronel de Grancey, se muestran tan sólidos como soldados viejos; en este ataque es donde el comandante de Dampierre, jefe del batallón del Aube, ha caído á la cabeza de sus tropas.

Durante este tiempo el 35 de línea y un batallón de la Cote-d'Or, á las órdenes del coronel de la Mariouse, tratan de abrirse un pasaje entre Bagneux y Chatillon; pero son detenidos por la fusilería y la artillería enemigas; también ellos se ven obligados á hacer el sitio de las casas y de los muros del parque, almenados y vigorosamente defendidos y llegan al centro del pueblo.

La brigada Dumoulin, que había tomado posición en la granja Ory, recibió orden de adelantar para apoyar el movimiento del coronel de la Mariouse; ocupó el bajo de Bagneux, mientras que el 35 marchaba por el centro para forzar la posición de Chatillon.

La brigada de la Charriere cumplía dignamente la misión que se le había confiado. Hacia callar con su artillería juiciosamente dirigida, el fuego de una batería enemiga colocada á la extremidad de Bagneux, y que se esforzaba en inquietar nuestras reservas, con el fin de envolver á nuestra izquierda.

Después de cinco horas de combate habéis ordenado la retirada; se ha efectuado con el mayor orden. El

enemigo ha intentado tomar de nuevo rápidamente sus posiciones y ha trabado un fuego muy vivo de fusilería y artillería; pero nuestras baterías divisionarias y las piezas de los fuertes de Vanves, de Montrouge y de Issy lo han detenido en su tentativa. Las tropas de la reserva han apoyado con calma la retirada.

El fin que os habíais propuesto ha sido alcanzado completamente; hemos obligado al enemigo á descubrir sus fuerzas, á llamar numerosas tropas de socorro, á sufrir el mortífero fuego de nuestras piezas de posición y de nuestra excelente artillería de campaña. Ha debido tener grandes pérdidas, mientras que las nuestras son poco sensibles, en atención á los resultados obtenidos. Juzgo que no hemos tenido mas de 30 hombres muertos y 80 heridos.

Vos mismo, señor gobernador, habeis podido juzgar por la actitud de las tropas que volvian á sus campamentos, el arranque y vigor que debieron desplegar en el ataque.

El general comandante en jefe del cuerpo 13º,

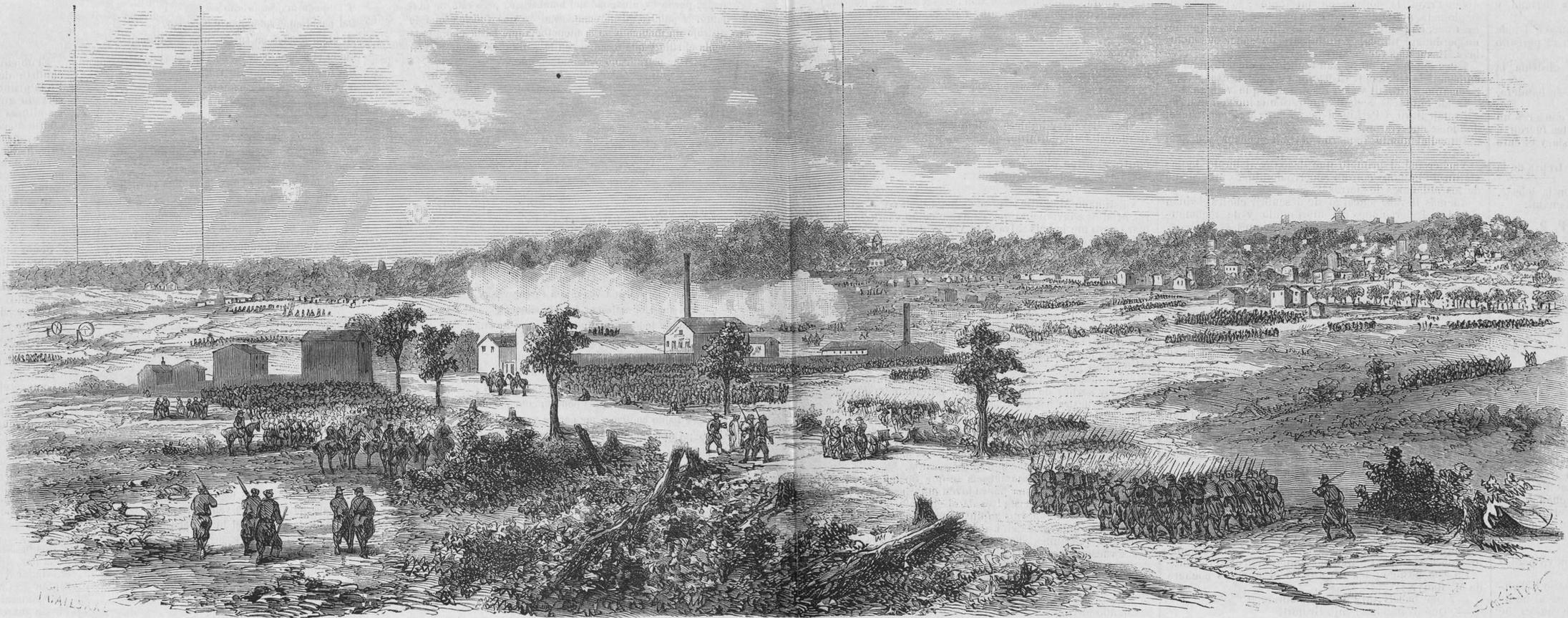
Visoy.

Muerte del comandante

M. DE DAMPIERRE.

Los guardias movilizados se conducen como veteranos en la guerra. En la acción de Bagneux, uno de los mozos del batallón que mandaba M. de Dampierre decía

Chevilly. L'Hay. Sceaux. Bagneux. Chatillon.



ACCION DE BAGNEUX EL 13 DE OCTUBRE. — Vista general de las alturas de Chatillon á Chevigny durante la acción.

á un sacerdote de las ambulancias:

— Cuando se acabe todo esto, se hablará de los muchachos de la Cote d'Or y de Brelaña.

El parte dirigido al gobernador por el general Vinoy, rinde homenaje al valor con que M. de Dampierre, que mandaba el segundo batallón del Aube, llevó á sus compañías al ataque.

El joven y valeroso oficial tenia en su familia recuerdos que prueban que el amor á la patria es en su casa una tradicion.

Su abuelo murió combatiendo contra la Prusia y mereció los honores del Panteon.

M. de Dampierre murió tomando una barricada con su batallón á la entrada de Bagneux.

Un momento sus soldados vacilaron; las balas llovian como granizo.

— Vamos, muchachos, gritaba M. de Dampierre, que no es cosa tan terrible.

Y se adelantó á todos. Apenas habia salido de las filas, descargó sobre él una lluvia de proyectiles.

Una bala le entró en el bajo vientre; cayó y sus hombres, que le adoraban, le rodearon.

— ¡Venguémosle! gritaron. Y se arrojaron á la barricada y la tomaron.

El comandante fué trasportado á la 8ª ambulancia de Arcueil.

M. de Dampierre habia tenido el dolor de perder á su esposa hace tres años, y sus últimas palabras fueron para ella:

— ¡Qué felicidad! murmuró: voy á volver á ver á mi adorada esposa...

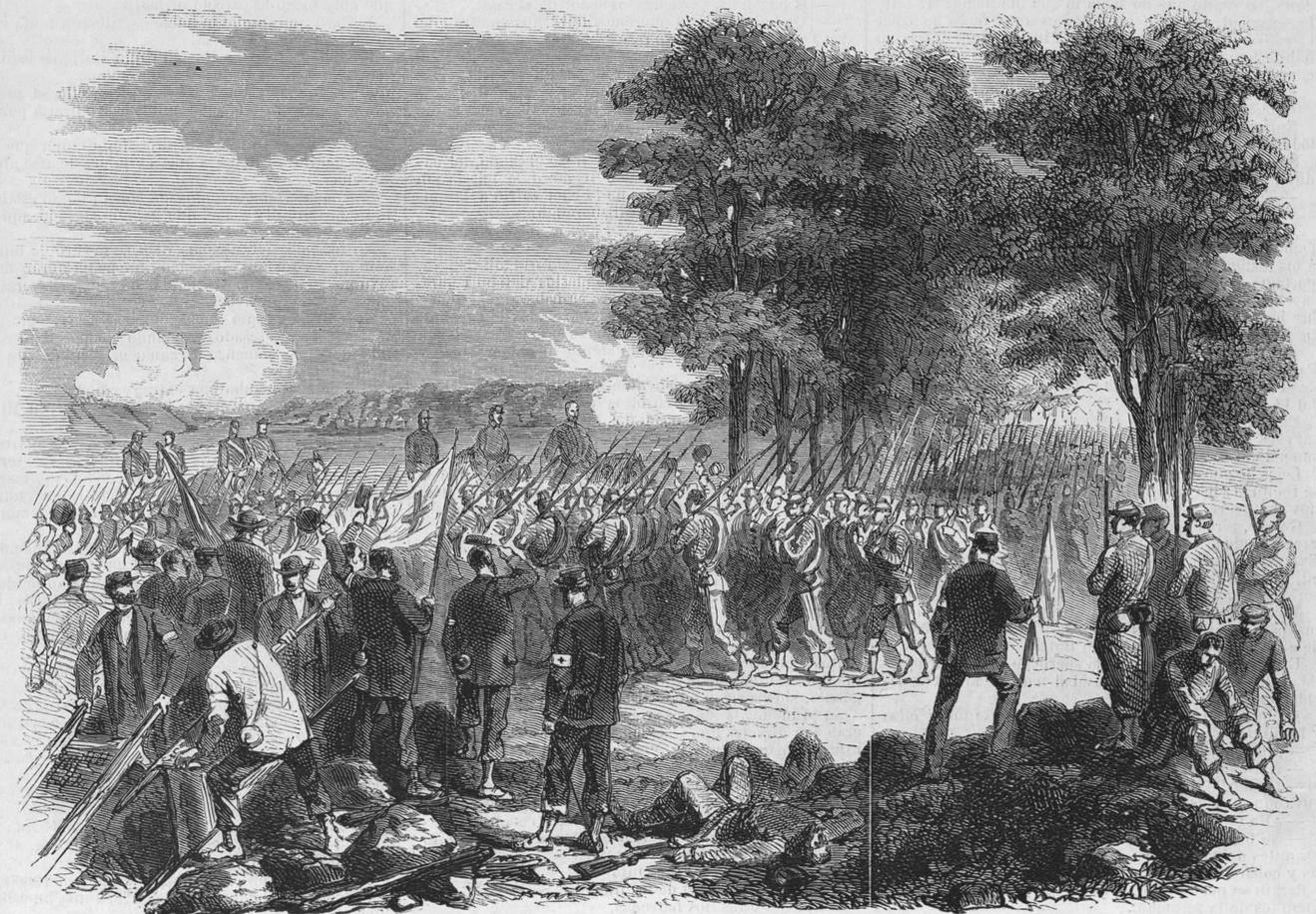
Y murió. Tenia treinta y tres años.

El domingo á las doce del día se hicieron las exequias del conde Picot de Dampierre.

El general Trochu, acompañado de su estado mayor, llegó algunos



Muerte del comandante M. de Dampierre.



ACCION DE BAGNEUX. — Llegada del general Trochu al campo de batalla.

momentos antes de la ceremonia, casi al mismo tiempo que los generales Schmitz, Blanchard y Bertaud, y M. Arago y M. E. Picard.

La iglesia de la Magdalena no podía contener á toda la concurrencia, que debió extenderse bajo el peristilo y en las gradas del templo.

Mas lejos una inmensa muchedumbre obstruía la plaza.

El batallón del Aube con el crespon en su bandera, formó cerca del catafalco.

La emoción era profunda y la ceremonia conservó un carácter de austeridad sencillez. Los sacerdotes fueron á buscar el cuerpo á las bóvedas de la iglesia y el cura párroco, M. Daguerre dió la absolución.

Había presentes delegados de todas las tropas de la guarnición de París.

El cuerpo se depositó provisionalmente en la iglesia, hasta tanto que puedan trasladarle á su país natal.

P. P.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el N.º 929.)

A estas palabras ¿quién lo creería? un destello de vanidad brilló en los ojos del penitente.

— Até una taza á un rastrillo de hierro, dijo, y la llené de pólvora; luego introduje la taza por la ventana y derramé la pólvora entre el carbon de la fragua, revolviéndola luego con el rastrillo... Fué una infamia y me avergüenzo ahora que te conozco y sé cuán bueno eres... Cuando te ví tendido en el patio cubierto de sangre, me horroricé de mi obra; hoy me horrorizo mas todavía... Pero ¡ estás bien vengado!... ¡He recibido mi castigo!...

— ¡Oh! M. Little, exclamó Elisa Watney, perdonadle.

— Pobre Simmons, dijo Enrique con un tono solemne, habia creído que no podría perdonar nunca al hombre que me hizo tamaño ultraje, á mí que nunca he hecho daño á nadie; pero el corazón del hombre cambia mas fácilmente de lo que se cree. Os perdono como creo que Dios os perdonará.

— ¡Ah! exclamó el afilador, ved como Dios me perdona. Os repito que no sabia lo que me hacia. M. Little, enseñad á leer á mi hijo; es muy malo no saber leer. Si hubiera yo tenido alguna instruccion, quizás no habria tenido tan mala cabeza. Ahora que es tarde lo conozco.

El infortunado paciente se puso á llorar y á gemir, porque veía la luz cuando se le cerraban los ojos.

Enrique le dejó entonces, prometiéndole que le vería todos los dias.

Seguidamente se fué á casa del doctor Amboyne y le dijo:

— Teneis razon, doctor, Simmons es el autor del atentado: me lo confesó y se lo perdono.

Enrique vió despues á M. Holofart, quien muy satisfecho con aquel descubrimiento, le preguntó si conocia á los instigadores, lo cual, á su juicio, era el punto importante.

— Trataré de descubrirlos, respondió Enrique; el pobre hombre quizás me lo habria dicho si hubiese insistido; pero temia serle molesto.

Al volver á su casa el obrero encontró á Grotait y á Parkin que hablaban con animacion y trataban entre sí de si debian proseguir ó abandonar su proyecto contra Little.

Entrambos secretarios estaban aterrados con la aventura de Simmons, sobre todo Parkin, que era bastante supersticioso.

Lejos de mostrarse tan encarnizado como la víspera, se inclinaba hácia la indulgencia ó decia que por lo menos era preciso esperar.

Grotait, airado contra Little, queria á toda costa apagar su fragua. Sin embargo, le repugnaba la violencia. Expulsar á un herrero de una iglesia le parecia cosa fácil, pues no habia mas que dirigirse para ello á las autoridades de la parroquia.

Además se podía escribir á Enrique una carta anónima para decirle que las Uniones sabian lo que hacia, de cuya manera se entraria en tratos.

Enrique Little tuvo la mala suerte de pasar por aquella calle, cuando su impetuosa natural le hacia olvidar toda prudencia.

Así que distinguió á los dos potentados se fué á ellos y les dijo:

— ¿Habeis visto á Simmons?

— No, contestó Parkin.

— ¡Cómo! ¿Ni siquiera visitais al pobre diablo de cuya muerte sois causa?

— ¿Ha muerto ya?

— No todavía, gracias á Dios. Aun tiene algo que hacer antes de morir, y es delatar á los asesinos hipócritas y cobardes.

Parkin se puso pálido, y los ojos de Grotait chispearon como los de la serpiente.

— Me ha confesado, prosiguió Enrique, que él fué quien arrojó la pólvora en mi fragua; y yo le he perdonado, pues que no fué sino el instrumento de hombres mas culpables. Estos son los miserables á quienes no perdonaré nunca, y no tardaré en saber sus nombres. Hasta mas ver, señores.

Estas amenazas no podian tener otro efecto que el de empeorar la situacion. El pacífico Parkin se exasperó, y en cuanto á Grotait ya no respiró mas que venganza.

Desde entonces declaró al obrero una lucha á muerte. Grotait llevó á Parkin á las *Armas del cuchillero*, donde se encerraron.

Inmediatamente llamaron á Dan Tucker y á Sam Cole.

Tucker fué el primero que llegó; y al punto le enviaron á Simmons con un socorro de dinero procedente de los afiladores de sierras.

Además llevaba encargo de descubrir cuáles habian sido las declaraciones del moribundo y de recomendarle que no hiciese traicion á las Uniones.

Al cabo de diez minutos llegó Sam Cole, quien recibió orden de buscar dos hombres en lugar de Simmons, para el consabido proyecto.

Tucker no tardó en volver con las noticias que se esperaban.

Simmons no habia hecho mas que delatarse á sí mismo; pero se conocia que las dos mujeres miraban con buenos ojos á Little.

Le consideraban como su único amigo, y Tucker creia que bajo su influencia Simmons delataria á su bienhechor antes de morir.

Grotait pegó con el puño en la mesa y dijo:

— Las Uniones están en peligro y no veo mas que un medio de arreglar esto: sorprender á M. Little en su taller nocturno é impedirle que salga de allí hasta que haya muerto Simmons.

Las circunstancias le parecian tan urgentes, que propuso á Parkin que pasara inmediatamente á Cairnhope para reconocer los lugares.

Parkin tenia un cabriolé y un buen caballo.

Un cuarto de hora despues los dos secretarios estaban en camino.

Llegados á Cairnhope se apearon en la posada de la aldea, donde se informaron y de allí subieron á la antigua iglesia, que examinaron cuidadosamente.

Dieron la vuelta al edificio y Grotait se subió á hombros de Parkin para mirar por una ventana al interior.

En esta posicion les sorprendió el anciano cochero de M. Raby.

— ¿Qué haceis ahí? preguntó Jorge.

— ¿Qué os importa? dijo Grotait.

— Me importa mucho, violais la propiedad de mi amo.

— ¡La propiedad de vuestro amo! Estamos en un cementerio y los cementerios son de todo el mundo.

— Os engaños, pertenece al señor de la casa.

— ¡Qué diantre! No queremos llevarnos vuestra iglesia: ¿quién tiene la llave?

— El squire Raby.

Desde aquel momento Jorge no perdió de vista á los dos hombres y les siguió como un dogo gruñon.

Grotait no era hombre que se intimidaba fácilmente. Sin cuidarse de las amenazas del anciano sirviente, continuó su examen.

Hizo un dibujo de la puerta y trazó el plano del camino que habia que seguir para llegar á la iglesia sin pasar por el pueblo, despues de lo cual volvió á la posada con Parkin y de allí á Hillsborough.

Era de noche y Enrique Little trabajaba en la antigua iglesia de Cairnhope sin pensar en ningun peligro. Sin embargo, en dos puntos opuestos del horizonte, la tempestad se aglomeraba sobre su cabeza.

Cuatro hombres enmascarados y armados de garrotes, sin hablar de las herramientas de su profesion, rodaban por el cementerio con el oído atento al menor ruido y el ojo vigilante.

Su consigna era impedir que Little saliera de Cairnhope antes de un mes; en otros términos debian, si no matarle, dejarle al menos á dos dedos de la muerte.

Entre tanto otra partida compuesta de nueve hombres seguia el camino que conducia á la iglesia.

Esta última estaba distante aun; pero era mucho mas formidable, tanto por el número como por las armas, pues los individuos que la componian llevaban sables y su jefe una escopeta de dos tiros.

Los hombres de Grotait reconocieron la plaza y luego se deslizaron bajo el pórtico y examinaron la cerradura. La llave estaba por dentro.

No habia modo de forzar la cerradura sin hacer ruido, y por consiguiente sin poner alerta á la víctima.

Despues de consultarse en voz baja, resolvieron levantar los goznes.

Dos hombres provistos de buenas herramientas comenzaron á dar vuelta á los tornillos que sujetaban los goznes, sin hacer el menor ruido.

Su prudencia y su deseo de sorprender á la víctima eran tan grandes que trabajaban á compás con Little é interrumpian el trabajo cuando se paraba el martillo sobre el yunque.

Cuando tuvieron fuera los tornillos, excepto dos, uno de arriba y otro de abajo, advirtieron á sus compañeros, los cuales introdujeron dos gruesas barrenas en la puerta para impedir que las hojas cayeran con estrépito cuando sacaran los últimos tornillos.

— ¿Estais ya todos? preguntó Cole.

— Sí, respondió uno de los trabajadores.

— Aplicad otras dos barrenas.

La órden se ejecutó en un segundo.

— Ahora, amigos, repuso Cole, dejad caer la puerta hácia adentro con precaucion, y luego al enemigo.

IV.

LA VÍSPERA DE REYES.

Si M. Coventry hubiese podido ver la carta de Gracia Garden á Enrique Little, quizás no habria suscitado la odiosa conjuración que estallaba en aquel momento contra el jóven obrero.

Hé aquí lo que la carta decia:

« Estimado M. Little: No sé si hago bien en escribiros ni si es conveniente que os hable como os voy á hablar; pero me habeis salvado la vida y debo expresaros toda mi gratitud. Necesito daros las gracias por todos los cuidados que me prodigásteis aquella noche fatal en que sin vuestros auxilios habria perecido. Temo que no alcanceis la felicidad si persistís en perseguir quimeras. Desgraciadamente media entre nosotros dos una valla inexpugnable. Pero quizás podeis ser feliz si dócil á mis consejos, os dignais fijar la atencion en los hechizos y buenas prendas de otra persona que no sea yo. La que os entregará esta carta es la mujer que mas se acerca á la perfeccion de todas cuantas conozco. Podeis fiaros en mi opinion porque soy buen juez para todas las personas de mi sexo. Dirigios á ella, que ella os hará dichoso. Estoy segura de que os amaria entrañablemente si oyera de vuestra boca las palabras que espera toda mujer para dar su corazón.

» Me cuesta mucho emplear este lenguaje; pero conozco cuán funesto seria proseguir un sueño imposible de realizar, cuando el proyecto de que os hablo labraria la felicidad de todos, excepto quizás la mia.

» Perdonadme; no me acuseis de que no tengo corazón, sino ved en mí una pobre jóven muy perpleja, que ¡Dios sabe á cuánta costa! os da el ejemplo de la cordura y la abnegacion y os suplica que le sigais.

» Os pido una línea para decirme que seguireis mi consejo y que nunca aborrecereis ni despreciareis

» A vuestra agradecida y desdichada amiga,

» GRACIA GARDEN. »

Cuando envió esta carta Gracia creyó que habia dado una prueba de heroísmo.

Al otro dia sintió haberla escrito y esperó con ansiedad la respuesta.

El dia siguiente se sorprendió con el silencio de Little, que muy luego le pareció ofensivo.

Juzgaba que lo que le habia escrito con tanto esfuerzo merecia una respuesta.

Finalmente, Gracia imaginó que Enrique la despreciaba, lo cual la irritó en alto grado.

En vez de aquel supuesto desprecio, ella se prometió que la compadeceria, que quizás la admiraria por la suablimidad de su sacrificio.

¿No es esta la eterna historia de la mujer que se indigna contra un hombre que no quiere dejarse alucinar por ella?

Si Gracia estaba incomodada con Little, lo estaba mas aun con Coventry y Jael que habian causado aquel sacrificio inútil.

Así fué que durante dos dias se mostró de muy mal humor; pero como este estado no podia durar mucho, cayó en una especie de inercia, sin tener ya fuerzas para amar ni para aborrecer.

M. Coventry espió todas aquellas fases como un espectador desinteresado, y cuando vió por fin restablecida la calma, comenzó á ganar el terreno que habia perdido.

El 5 de enero hubo una extraña coincidencia.

Hé aquí, por una parte, lo que pasaba en Hillsborough.

El doctor Amboyne, que no cesaba de interesarse por Mrs. Little y á menudo la habia ofrecido sus servicios para reconciliarla con su hermano, fué á suplicar á su anciana amiga que le permitiese hacer otra tentativa con el mismo objeto, pues á su juicio, aquel momento era favorable.

Mrs. Little deseaba mucho aquella reconciliacion por su hijo; y lo único que temia era que ya no fuese tiempo; pero Enrique se opuso, alegando que no perdonaria nunca el insulto que habia hecho á su madre M. Raby.

Recordando entonces la visita clandestina que habia hecho á Raby-hall durante su convalecencia en Cairnhope, dijo:

— ¿Sabeis lo que ví allí? Vuestro retrato, el mismo retrato que motivaba mi visita, vuelto contra la pared y con este letrero: « Entró en la industria. » Os oculté esta particularidad por temor de afligiros; mas ahora es bueno que lo sepais todo. Podeis reconciliaros con ese viejo loco si teneis bastante magnanimidad para ello, pero á mí no me lo pidais nunca.

A Mrs. Little le causó mucho enojo aquella revelacion.

Un sentimiento de coquetería que aun no habia debilitado la edad, la hizo sentir el ultraje aunque, al parecer, le dió poca importancia.

Habia tenido en su tiempo fama de hermosa, y la digna señora no podia ser insensible á una humillacion semejante.

— No podeis juzgar á vuestro tío como le juzgaria otro, dijo á Enrique; fué siempre muy excéntrico... ¡Volver mi retrato contra la pared!... ¡Pobre retrato!... ¡Ah! Guy ¿es posible que seamos hijos de una misma madre?

El doctor Amboyne no dijo una palabra; también él estaba indignado.

Ahora bien, aquel mismo día Gracia Garden como si hubiese obedecido á un influjo desconocido, se atrevió á pedir á M. Raby, dando muchos rodeos, que le hiciera el favor de enseñarla el retrato vuelto antes de que saliera de Raby-hall.

— ¿Y por qué motivo? preguntó el squire.

— ¡Oh! No os incomodeis, querido padrino, es por curiosidad.

— Querida Gracia, no puedo negaros ninguna cosa. Os prestaré la llave del candado que sujeta el cuadro, bajo la condición de que así que le hayais visto le volváis á poner tal como está.

— Os lo prometo.

— Además, no quiero estar presente, porque su vista abriría las llagas que el tiempo no ha cicatrizado todavía. Os daré la llave esta noche á la hora de la comida.

Y con tono menos grave, añadió:

— Vuestra curiosidad tendrá un castigo: os vais á encontrar con una rival en hermosura, lo que será nuevo para vos.

Gracia casi se asustó con su triunfo, y no habría renovado su demanda si M. Raby, fiel á su palabra, no la hubiese dado la llave á la hora convenida.

Los ojos de la joven chispearon de júbilo cuando tuvo en sus manos el objeto de sus deseos.

Sin embargo, como no podía hacer su inspección en presencia de M. Raby, debió moderar su impaciencia, lo que no fué fácil.

Concluida la comida, se apresuró á levantarse, se fué á la sala y se sentó al piano para sacar del comedor á todo el mundo.

Pero ¡ay! no logró lo que quería.

En vez de los dos gentlemen vió llegar á un criado que la llamaba de parte de ellos.

No tuvo mas remedio que volverse á su puesto.

Era la víspera de Reyes y se esperaba la mascarada.

De todos los espectáculos que la había prometido el squire con motivo de las fiestas de Navidad, este era el mas original.

La curiosidad de Gracia tomó forzosamente otra dirección y debió sentarse de nuevo en el comedor entre M. Raby y M. Coventry para esperar las máscaras.

Entraron los criados á quitar la mesa.

Cuando todo estuvo listo, se oyó en la pieza contigua el sonido de un violín, y el músico, grotescamente vestido, apareció con dos bufones; el uno, vestido de tela persa, llevaba sobre los hombros una piel de zorro, cuya cabeza le servía de sombrero, y el otro, disfrazado de mujer, traía por tocado un sombrero de castor.

El programa decía que los dos acólitos se llamaban Tommy y Bessy.

Los tres personajes hicieron su entrada al sonido de una música, y Tommy y Bessy cantaban coplillas que el violinista acompañaba con su instrumento.

El primero que vereis

Es Jorge, nuestro noble rey,

Que vuelve al fin de la guerra...

Sobre esto se presentó un nuevo actor con calzon negro, y sobre su justillo una camisa blanca; en la cabeza un sombrero adornado de cintas encarnadas, y en la mano una espada.

Con el violinista delante dieron todos la vuelta al comedor, y entre tanto el individuo disfrazado de mujer entonaba esta otra coplilla:

El que luego vais á ver

Es hijo de squire muy noble

Que teme perder la novia

Porque es demasiado joven.

El hijo del squire dió la misma vuelta que el rey Jorge, después de lo cual Tommy y Bessy introdujeron sucesivamente á otros tres personajes que, ataviados todos como el primero, dieron igualmente una vuelta á la sala, blandiendo sus espadas.

Tocaron luego un aire de baile propio de la circunstancia, y los cinco hombres armados danzaron una ronda reuniendo sus espadas por la punta.

La danza se prolongó con diferentes figuras á cual mas originales.

M. Raby no se cansaba de contemplar aquella mascarada, mientras la comentaba para instrucción de sus convidados.

A su juicio, era una conmemoración de la lucha de San Jorge y el dragón, historia que trajeron de Oriente los ingleses en la época de las cruzadas, y á cuya consecuencia el ilustre santo vino á ser patron de Inglaterra.

Esta disertación fué interrumpida por la aparición de un nuevo personaje que no figuraba en el programa.

Pálido y jadeante, el recién llegado hizo irrupción en el comedor, gritando con espanto:

— ¿Me creereis ahora? La antigua iglesia de Cairnhope está ardiendo.

V.

LA DOBLE EMBOSCADA.

— Sí, squire, dijo Abel Eaves, pues el interruptor no era otro que aquel mismo pastor que vimos figurar en el primer capítulo de esta historia; si no me creis, venid á verlo.

La noticia produjo un estupor profundo y Jorge el herrero se hizo eco del sentimiento general, cuando olvidando su papel de rey Jorge, dijo:

— ¡La iglesia de Cairnhope arde y nosotros estamos en las fiestas de Navidad! ¡Extraño misterio!

Hubo entonces una gran confusión, porque muchas personas hablaban á la vez.

Sin decir una palabra el squire desapareció, en tanto que los personajes de la mascarada volvían á la cocina, donde el suceso anunciado dió pábulo á las conversaciones.

Gracia pasó á la sala seguida de M. Coventry.

Sentóse en silencio: M. Coventry les observaba con atención.

— ¿En dónde está M. Raby? preguntó la joven.

— No sé, dijo el gentleman.

— ¿Habrá salido?

— Deseo que no, porque está muy fría la noche.

— Con tal de que no haya ido á ver...

— ¿Quereis que salga á informarme?

— No, porque le podría dar la idea de hacerlo; pero quisiera saber dónde está.

Un criado entró el té.

Miss Garden le preguntó en dónde estaba su amo.

— Ha salido, miss, pero no tardará en volver; me ha encargado que os lo diga.

Gracia estaba horriblemente inquieta.

Llamó á Jael y la dijeron que no se la había visto en todo el día.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes Jael volvió de la granja, y en cuanto supo en la cocina lo que pasaba, fué á la sala exclamando:

— ¡Ah! miss, ¿sabeis dónde está el squire?

— En la iglesia ¿no es verdad? exclamó Gracia temblando.

— Justo, y todos los hombres de la mascarada le han seguido con sus espadas, repuso la doncella con el acento de la desesperación.

Dice un proverbio antiguo que «mas vale un ejército de ciervos mandado por un león, que un ejército de leones mandado por un ciervo.»

Los enmascarados de Cairnhope, todos ellos hombres vigorosos y resueltos que no habrían retrocedido en una circunstancia ordinaria, no eran mas que ciervos en presencia de un hecho que creían sobrenatural.

Sin embargo, bajo la dirección de M. Raby que los precedía unos veinte pasos, se mantenían bastante firmes.

Tenían orden de marchar en el mas profundo silencio.

Al llegar al último recodo del camino, el jefe se detuvo y plantando una rodilla en el suelo hizo señal á sus hombres para que permanecieran inmóviles, porque había distinguido unas sombras negras que se deslizaban por el pórtico de la iglesia.

Al cabo de algunos minutos de ansiosa observación, M. Raby se levantó y haciendo otra señal, su gente continuó la marcha.

Cuando se acercaron á la iglesia pudieron convencerse de que estaba alumbrada por dentro.

Hacia algunos días que en medio de su propia desgracia, Enrique consagraba muchas horas al auxilio de sus iguales, y visitaba asiduamente al afilador herido que había estado á punto de asesinarle.

La carta de Gracia había sido para él como un enigma: no había comprendido su sentido íntimo.

Careciendo de toda experiencia del mundo ¿cómo habría podido sondear ese abismo sin fondo que se llama el corazón de la mujer?

Leyó repetidas veces el mensaje; le estudió línea por línea, y en suma la impresión que le produjo fué casi de hastío.

Bajo las apariencias de una amable cortesía no vió mas que el orgullo de la mujer noble.

La proposición que le hacía Gracia le indignó sobremanera.

Su orgullo ajado y su indignación fortificados con sus costumbres austeras y con los serios estudios á que se entregaba bajo la inspiración del doctor Amboyne, lucharon contra su amor, aunque no siempre con buen éxito.

Quiso contestar á Gracia y escribió sucesivamente varias cartas; pero al leerlas las comparaba con el billete tan lleno de efusión que había recibido de la joven, se sonrojaba de su torpeza y arrojaba el papel al fuego.

Prosiguió la lucha con valor, entregándose á obras filantrópicas durante el día y trabajando por la noche en la antigua iglesia.

A veces extraños sueños le turbaban, pues nadie puede combatir así de noche y de día impunemente.

Una noche soñó que trabajaba en su fragua solitaria de Cairnhope, cuando un caballero surgió de repente de su tumba y se presentó á él cubierto con una armadura enmohecida.

Bajo la visera de su casco brillaban dos ojos como dos diamantes negros, y su nariz tenía la forma del pico de un halcón.

Cuando el fantasma entreabrió sus labios salieron de su boca estas palabras como un murmullo lastimero:

— Mira mi coraza que brillaba como la plata cuando la fabriqué, pues yo era lo que tú, forjaba mis armas con mis propias manos. Pues mira ahora en qué estado la ha puesto la humedad de la tumba ¿Puede presentarse así un caballero delante de su juez? Porque mañana es el día del juicio.

Compadecido Enrique, ofreció sus buenos servicios al caballero para limpiar su armadura.

Señaló á su fragua y el fantasma se adelantó dando tres grandes pasos, como los de un payaso en una escena burlesca.

Sin embargo, cuando distinguió los objetos que el joven obrero fabricaba exclamó con desden:

— ¿Qué es eso? ¿Forjas herramientas? Has de saber que un noble no debe forjar mas que armas de guerra... ¡Y yo que te creía un Raby!...

Y sobre esto la aparición se desvaneció arrojando al herrero consternado una mirada de desprecio acompañada de una risa siniestra que se grabaron profundamente en la memoria de Enrique Little.

Otra noche creyó oír entre dos martillazos un ruido inusitado que venía de fuera.

Levantó la cabeza y vió en el hueco de la ventana un rostro humano que desapareció inmediatamente.

Enrojeció al fuego una barra de hierro y corrió al cementerio; dió la vuelta á la iglesia y no vió nada; llamó y no le contestaron.

— ¿Sois vos, Jael?

Silencio de muerte.

Se volvió á su trabajo, creyéndose juguete de una alucinación.

Estaba tan turbado hacia algun tiempo que los sueños le perseguían también despierto.

En la noche á que nos ha conducido nuestra relación, Enrique Little había encendido su fragua; pero en vez de forjar se había puesto á escribir.

Esta vez había logrado redactar una contestación á la carta de Gracia Garden.

Salió del paso escribiéndola muy corta.

Concluida la carta, la encerró en un sobre y escribió las señas con intención de entregarla á Jael Dence, cuya visita se prometía.

Después el obrero se puso á su trabajo y de nuevo resonaron los golpes del martillo bajo las bóvedas de la antigua iglesia.

Eran las diez y hacia una noche muy clara y muy fría.

Sin embargo, el ardor del trabajo hacia sudar á Enrique, cuando de repente un aire helado le dió en el rostro.

Dejó su fragua, dió algunos pasos por la nave y miró hacia la entrada de la iglesia.

En vez de la puerta cerrada distinguió el azul del firmamento.

Lanzó un grito de sorpresa y se restregó los ojos.

No era un sueño: las dos hojas de la puerta estaban en el suelo y se veían brillar las estrellas en el horizonte.

Pensó adelantarse á reconocer lo que ocurría, pero una confianza repentina le detuvo.

Un obrero reconoce inmediatamente la mano de otro obrero.

Ahora bien, Enrique Little había adivinado instantáneamente en lo que veía una emboscada de sus implacables enemigos.

Retrocedió á toda prisa hacia la fragua... ¿Por qué no confesarlo? Le temblaban las piernas, pues presentía el asalto sin ver á los agresores, y tampoco podía presumir cómo le atacarían.

¡Si al menos hubiese tenido armas para defenderse! Pero no; jamás había pensado en tomar pistolas porque se creía muy seguro en la antigua iglesia.

Pasó un instante en una indecible angustia. Comprendiendo que su única probabilidad de salvación estaba en una lucha desesperada, Enrique apeló á todo su valor, decidido como lo estaba á vender cara su vida. Echó mano al fuelle y hacia que trabajaba con los ojos clavados en la puerta.

Por la nave se deslizaron unas sombras negras.

VI.

CUATRO CONTRA UNO.

Little agitó su fuelle con frenesí hasta que los carbonos se hicieron ascuas, y entonces tomó un martillo con la mano derecha y con la izquierda una pala de hierro de unos dos pies de larga.

Cuando vió que se acercaban sus enemigos, introdujo la pala en el brasero.

De repente dos hombres se abalanzaron á él, el uno de frente y el otro por detrás. Este último se acercó mas que el otro.

Pronto como el relámpago, Enrique le arrojó una pala de fuego que le hizo retroceder; y en un segundo se desvió bruscamente para evitar al segundo que llegaba con el palo levantado, y le dió un martillazo en la cabeza.

El bandido cayó hacia atrás, inundando el suelo con su sangre.

(Se continuará.)



Estudios retrospectivos de la guerra de 1870. — Los muertos en el campo de batalla de Borny.



Estudios retrospectivos de la guerra de 1870. — Ambulancia instalada en la iglesia de Mouron, después de la batalla de Sedan.

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuación.)

— ¡La felicidad!... murmuró á media voz Javier, sin ánimo de interrumpir á Irene, y acompañando su exclamación con una amarga sonrisa.

— ¡La felicidad, Javier!... continuó la religiosa con cierta inflexión afirmativa, solemne y severa... la felicidad de que yo puedo hablarte... Debes creer que no te hablaré en nombre de pasiones ni de deseos... Ya lo sé... Dios ha hecho pasar sobre tí el fuego que tala á los bosques, el soplo de viento que deja sin flores las praderas... Tú nada deseas de cuanto brinda el mundo... Para tí son como muñecas ó juguetes de niños los atractivos del placer y las ilusiones del amor... Harlo te compadezco... Llamo á tu corazón en nombre de mas elevados intereses, de consideraciones mas santas... No eres tú, que es el infierno, quien puede reirse si no las comprendes... Yo aun puedo esperar que sea felicidad para tí el premio de una buena acción... ¡Tu felicidad! Debo yo saber de ella algo mas que tú... He pensado mas en ella que en mi salvación. ¿Qué sabes tú donde te espera? ¿Qué sabes tú en qué rincón ignorado de la tierra, en qué asilo desconocido de un alma pura y entusiasta, te guarda Dios ese tabernáculo de reposo, ese santuario de adoración, ó el trono de esa gloria que vas buscando por las dilatadas y nebulosas esferas que hoy recorres?... Esa felicidad no está en esa oscuridad de misterio, como no estaba en la luz del escándalo. No vayas en su busca fuera de vereda como un demente, como un bandido, ni siquiera como un penitente. Ve por el camino recto de los hombres de bien, y ve de manera que sepas cuál es, para enseñárselo á muchos... Y toma de la mano á esa compañera que Dios te envía para que te apoye y te ame, para que te acompañe y te guíe, y si es preciso para que te autorice en los malos pasos de la vida con su virtud, como autoriza un niño á una matrona, con su inocencia, en una calle sospechosa...

Porque yo no vengo á exigir de tus varoniles cualidades que te encierres en el nido de la paloma. No, Javier, no. Tuyo son, y de tu valor y de tu talento, los caminos del mundo. Recorre los mares, si, como hijo de quien eres, los bramidos del Océano son para tí cual materno arrullo y amoroso reclamo. Vuela á los campos de batalla, si te llama á la defensa de una justa causa el Dios de los ejércitos; haz resonar el acento de la verdad y el grito de la inocencia oprimida en las asambleas públicas; emplea tu alta razón en ilustrar esos problemas temerosos, en que se interesa la felicidad de los pueblos y el porvenir de las sociedades. Haz servir la riqueza de tu imaginación brillante, y la fuerza y calor de tu palabra elocuente, para difundir sentimientos de benevolencia y simpatía, de armonía y de concordia entre esos intereses que se chocan, entre esas clases que se detestan, entre esos partidos que se despedazan... Lleva, si otros caminos prefieres, el espíritu de inteligencia al establecimiento y progreso de trabajos útiles, que hacen brillar á los pueblos y dan sustento á los pobres; haz tú conocer la importancia de la moralidad allí donde no se ven sino los cálculos de la codicia, y pon los milagros de la caridad al lado de las maravillas de la industria. Si; ocupa tu puesto, desempeña tu tarea noble y esforzadamente. No seré yo quien vaya á arrancarte á las tiendas del campamento ó á los talleres de la ruda fatiga, para encerrarte en los disfrazados harenes de la ociosidad civilizada. Que te tueste el sol, que los vientos te curtán, que los peligros te prueben, que la muerte te amenace, que el dolor y el cansancio te rindan, que la injusticia te persiga, y la ingratitude y la calumnia te atribuyen. Hombre eres, varón fuerte te quiero. Cumple tu destino. Suda, llora, pelea, trabaja. Labra tu campo de día y al sol, con el sudor de Adán, y hasta con el llanto de Cain, si alguna vez te huele á sangre la mano... Pero, cuando te retires al pabellón de tus noches... ¿Quién te recibirá? No... el mundo no estará allí para darte el galardón ó el reposo de tu cotidiana tarea... El mundo, que quizá te escarnece... que quizá te olvide... No saldrá él todas las tardes al paso de tu camino, para brindarte el hospedaje de tu reposo y para lavar tus pies trillados... ¿Dónde te recogerás, hijo mio?... ¿Dónde estará la piedra en que el hijo del hombre pueda reclinar la cabeza?... ¿En la cueva del bandido?... ¿En la atalaya del proscrito?... ¿En la guarida del malhechor pregonado?... ¿En el catre del hospital infecto?... ¿En la alcoba del lupanar maldito y abominado?... En ese otro lugar, todavía mas desamparado de alegría y mas extraño á los consuelos de lo alto, que se llama la cámara numerada de una fonda, triste nicho del cementerio de la vida?... ¡Oh, no, Javier, no!... Que en esa hora haya para tí otro albergue; que el hogar santo de la familia te acoja y te reciba; que brille de lejos á tus ojos, como una estrella del cielo, la lámpara encendida por la es-

posa que te aguarde; que ella sola te espere, tu santa compañera; que su sonrisa te serene, que su salutación te bendiga, que el lienzo de su mano te limpie la frente, que el abrigo de su manto te arrope, que te alargue la preparada copa para templar tu sed, que arrulle tu sueño con una oración de paz, que te despierte al trabajo con un ósculo de amor... ¡Oh! ¡Lloras al fin! ¿Qué es lo que asoma á tus ojos ese llanto?... tal vez un sentimiento injustificable... ¿Lloras porque no te crees capaz de esa dicha?... Te haces ilusiones sobre tí propio... Todas las rocas dan agua viva cuando la vara de Dios las hiere... ¿Lloras porque no te he dado yo esa ventura?... Consuélate, Javier... quizá no te la hubiera dado nunca... yo era para tí una mujer demasiado enérgica, demasiado varonil... Dios lo ha ordenado mejor... te destinaba una mujer mas dulce, mas femenina, una mujer que pensara menos y que te amara... mejor... (En este momento la voz de Irene parecia el resuello de una persona que se ahoga, y llevaba su pañuelo á la boca con un ademán de sofocación penosísima.) No, Javier, no, proseguia; no llores por mí, siempre iluso, ni por tí propio, aun egoísta... Guarda tus lágrimas para la desventura de esa infeliz que has engañado... cierra el abismo de perdición que has abierto á sus pies... sálvala del mal que la has hecho... del oprobio de la demencia, de la ignominia del suicidio... y dame á mí el consuelo de que, ya que no he acertado á hacerte bien ni á darte mas que tormentos, has recibido al fin de mis manos, sacerdotisa de la Providencia, lo que podrá ser corona de tu vida... corona de felicidad, si, porque para corona de espinas, de martirio y penitencia... ¡ay, Javier!... pongo por testigo al cielo que la de mí frente basta...

Y acabando estas palabras, tendia la diestra sobre la mesa, como en ademán de ceñir una corona, y con la siniestra se asia con fuerza de su propia sien, y casi rasgaba las tocas de su cabeza, que doblaba cárdena y sombriaba sobre el pecho, como cediendo al espanto de la formidable tormenta, que se adelantaba, cada vez mas negra y centellante, sobre las inmediatas colinas, y se posaba sobre las mismas torres del monasterio.

III.

No habia interrumpido Javier un solo instante aquel incoherente razonamiento. No mas que una vez habia dejado percibir un gesto como de amargura; por lo demás, ni la señal mas leve de sorpresa ó de impaciencia, á la vista de aquella impensada demanda. Conocia demasiado á aquella mujer, y tenia una conciencia bastante segura de su posición propia, para ceder al arrebatado de las impresiones primeras. Apoyado sobre la mesa, con la resignada atención con que oye un reo ante sus jueces la relación de sus delitos, las palabras de Irene caian sobre su corazón como agua sobre una esponja seca, como rayos de luz sobre una superficie muy negra. Diríase que no escuchaba las palabras, sino la voz, y que las palpitaciones de su corazón y la fulguración de sus ojos correspondían tan solo al embeleso de un canto melodioso, en una lengua desconocida.

Ni cuando calló Irene se apresuró á responder. Dejó que se perdiera un tanto el eco de aquellas palabras entre el fragor, cada vez mas pavoroso, de la tormenta.

En fin, como quien aparta á un lado y á otro ideas que se cruzan cual ramas de un bosque enmarañado, revelando el esfuerzo interior de abrirse entre las malezas una vereda que le sacara al llano,

— Irene, le dijo, yo no podré responder á tus palabras, porque hay ideas que no pueden justificarse con razones; una sola súplica fervorosamente te dirijo. Si yo no combato los motivos de tu conducta y de tu demanda, no me atribuyas el mal pensamiento de que los desprecio, ni la pretensión altanera de que los desatiendo. Nadie mejor que yo te comprende, nadie tanto como yo te admira. Y quien ha empezado por ofrecerte su mas pronta decisión de morir, no estaba muy dispuesto á rehusarte la obligación de obedecer... No es una contradicción lo que voy á decirte; es solo la sencilla exposición de un hecho. Cuando te ofrecí mi existencia era verdad. Ahora, y en todo momento, lo que puedo consagrarte, lo que puedes ordenar, es mi muerte; lo que no puedo dar á persona alguna, es mi vida...

Mi vida, Irene, no puede pertenecer á una mujer, porque no puede pertenecer á nadie. No es misterio, no es despecho, no es egoísmo, no es corrupción, no es dureza de alma lo que me hace renunciar al amor y á la familia. No es una renuncia mia, Irene; es un decreto del cielo... Respétale si es un castigo... compadécele si es una desventura...

Yo no aborrezco á la mujer, Irene... Dios lo sabe... ¡Yo no puedo aborrecer á la familia!... Responde de ello la mia... Yo me prosterno ante la santidad del matrimonio. Yo sé cómo es un ara el hogar doméstico, y un oratorio bendito la alcoba nupcial. Yo sé cuánto es sublime la ley del amor, convertida en coyunda de sacrificio. Yo me prosterno ante la gracia de esa institución sobrehumana, que ha venido á explicar al hombre de la redención lo que por la razón era un imposible, por el sentimiento un absurdo, por el interés una infamia, y por el apetito una depravada promiscuidad. Yo reconozco la divinidad de esa consagración inefable, que ha hecho de la paternidad un sacerdocio, del afecto conyugal un voto de religión, y de la fecundidad una bendición del Espíritu Santo. Yo comprendo demasiado bien, Irene, la bienaventuranza de dos seres jóvenes y amantes, que llevan un día á los pies de los altares las

elevadas ideas y las gloriosas esperanzas de importancia y santidad, que solo la religión sabe dar á las funciones y á los intereses de la humana existencia. Yo bendigo de todo mi corazón la bondad del cielo, que, por la glorificación del matrimonio cristiano, tiene iguales tesoros de felicidad moral para el comun de las almas desvalidas y vulgares que para las existencias privilegiadamente dotadas de la superioridad de la inteligencia y de las dádivas de la fortuna. Yo debo concebir mejor que nadie, Irene, cuánta gratitud podrá deber al cielo aquel hombre que, habiendo probado la corrupción de la sociedad y la amargura y desencanto de las pasiones, se encuentra un día con la maravillosa sorpresa de ver renacer su alma á las inefables delicias de una felicidad de rehabilitación, mas sentida y mas incontrastable que una felicidad de inocencia. Yo tengo por condición de dicha y de virtud para el destino del individuo, lo que es ley de existencia y perpetuidad para la humanidad entera... Pero tambien estoy en derecho de reconocer, Irene, que las leyes de la Providencia están arregladas con demasiada sabiduría, para que puedan perturbar el orden eterno esos castigos de la Justicia divina, que se llaman existencias excepcionales...

Si, Irene... La necesidad impuesta ó sufrida de evitar la ley comun, es siempre castigo... La ley del amor, la complacencia en los gozes de la paternidad dilatada, es una situación demasadamente respetable y dichosa, para que su exención no sea dura penitencia y doloroso sacrificio... Pero, no lo dudes, nacen caracteres desheredados del patrimonio de esta dicha, como nacen miserables condenados á perpétua indignidad. Hay infelices que no dormirán nunca al abrigo de un techo cerrado, que no se secarán nunca sus vestidos al calor de una hoguera amorosa; los hay mas sin ventura, que no calentarán nunca su corazón al seno de una esposa querida, cuyos pies no arropará jamás la mano de la hija que los bese... Pobres pastores de despoblado, que dormirán eternamente al sereno ó en la barraca húmeda de la majada... peregrinos eternos, sin hogar de albergue, que nunca reposarán sino á la sombra del árbol del camino ó en la gruta del ribazo; pobres del campo, que hacen su vivienda bajo los arcos de los puentes secos; mendigos de las ciudades, que pasan la noche en las puertas de los templos... almas estragadas para el amor, Irene... como hay semblantes castigados con lastimosa fealdad, como hay organizaciones sujetas á mísera impotencia...

En estos casos, Irene, es perversidad y corrupción en el hombre contrariar su condición y rebelarse contra el destino. Lo que cumple á la virtud, es aceptarla con dignidad, consagrar á Dios é inmolar al mundo los sufrimientos de la miseria y las hondas amarguras de la soledad, y no llevar al corazón de una pobre mujer las privaciones de la indigencia y las repugnancias de la enfermedad... Los que hacen de su aislamiento un cálculo de conveniencia, son ciertamente reos de egoísmo, que la moral cuenta en el número de los monstruos, y que Dios marca con el sello de sus réprobos; lo mismo que los que hacen del amor conyugal un concubinage de liviandad ó una especulación de interés infame. Pero si la virtud y la piedad del hombre están en aceptar la dulzura del amor con la responsabilidad de una carga penosa y con el empeño de una obligación sagrada, hay otra virtud mas dura y mas costosa, para la cual se necesita alcanzar mayor gracia del cielo... la de poder aceptar la indigencia del alma y la orfandad de la vida como un sacramento de expiación, como una consagración de sacrificio...

¿No te has acogido tú al claustro, Irene?... ¡Ah! Tú... has podido hacerlo... yo... no he sido digno de que la casa de Dios me cobije, de que las paredes de un monasterio me presten su sombra sagrada y su paz divina... Tú lo has dicho... llevo la mancha de Cain en la mano y su nombre en la frente... estoy condenado á vagar por la tierra... á que pueda matarme todo el que reconozca en mí la señal del delito... La penitencia podrá hacerme salvo delante de Dios... ¡Así lo espero!... pero sobre la tierra tiene derecho á repelerme y á maldecirme todo hombre que me encuentre y toda mujer que me mire... ¡Ah! Y ¿piensas tú que al reo de esta condena se le permita ir á asentar sus hogares tranquilos entre los pacíficos y los justos, entre los pobres pecadores de flaqueza, entre los valerosos atletas de la adversidad, entre los héroes esforzados de la paciencia, entre las víctimas disculpables de la debilidad y de la seducción?... ¡Oh! No... para caracteres como el mio... para mis pasiones, para mis delitos, para la vindicta de mi pasado, para la expiación de mi porvenir, profanación horrible seria el sagrado pacífico del hogar doméstico, lo mismo que la celda penitente del austero cenobita; el mullido tálamo de la esposa querida ó la desnuda tarima del macerado religioso... ¡Oh! No... Mi penitencia no cabe en la ermita de Pablo ni en la cueva de Jerónimo; mi inteligencia no es el genio de Agustín ni la revelación angélica de Tomás...

Yo debo á los muertos otra deuda que la de cavar solamente mi sepultura... Mi yermo es todo el mundo, mi peregrinación la vida entera, mi hogar es toda choza donde no se enciende lumbre, mi tálamo el lecho infecto donde cualquiera pobre agoniza; y el templo de mis ofrendas, toda piedra sobre la cual cae una lágrima, todo lugar de donde se exhala un gemido... mi claustro son todas las veredas que riegan con su sangre y sudores los hijos de Adán... y el via-crucis de mi Calvario es tan dilatado como el derrotero que llevan las naves desde las playas del Nuevo Mundo hasta las costas del mas remoto Oriente... ¿Te parece á tí que es de una flaca mujer seguir, ni de lejos, la ascensión de esa

inmensa calle de amargura?... ¿No ha sido ya desventurada una, solo con haber limpiado mi frente y humedecido mis labios en la estacion de una noche?... ¿No le ha quedado este rostro á esa Verónica de un réprobo, impreso para siempre con lágrimas en el ensangrentado pañuelo?...

¡Que yo la he engañado!... ¡Que la he seducido!... El engaño y la seducción, Irene, desde que fueron el pecado del paraíso, son un mal que todos vamos recibiendo y traspasando, como los contagios pestilenciales... ¡El engaño!... ¡La seducción!... Tú no puedes querer ni consentir que le repare con un engaño más perverso, con una decepción más traidora!...

Hizo Irene un movimiento de terror, que no supo Javier si era producido por el horror de la tempestad, que bramaba embravecida, ó por la impresión pavorosa de estas palabras. Tal vez surgió en el ánimo de Irene la misma duda, tal vez se propuso á sí propia la misma cuestión. Su estremecimiento y su espanto eran pensar que de aquella alma devastada, ella había sido el rayo; que por aquel páramo desierto, donde no crecía un tallo verde, ella había pasado, como el abrasador huracán sobre las copas de los bosques pomposos... Y como cediendo, no al convencimiento de la razón, sino á la reconvencción justa de un agravio.

— Javier, Javier, exclamó, hay en tus palabras un refinamiento de crueldad, que me hace expiar harto duramente la arrogancia de mi pretensión y la vanidad de mi propósito. Yo acepto de tus labios ese castigo y esa maldición. La acepto sobre mí, y sobre mí la llamo y la conjuro, sumisa y resignada, como recibiría el fuego de una de esas centellas que quisiera Dios descargar sobre mi cabeza. Pero yo la rechazo con todas mis protestas y con todas mis oraciones de sobre la existencia de mi inocente amiga. ¡Aun podré soportar que me detestes y me maldigas!... Pero en nombre de Dios, Javier, no me dejes creer ¡sin ventura de mí! que la rechazas y abandonas, solo porque yo la pongo en tus brazos... Clávame un puñal en el corazón, Javier... tienes derecho á ello, y te lo perdonaré... pero ¡ay! ¡mira que no le debo á Dios que dejes en mi alma tan infernal remordimiento!...

Hizo Javier un ademán de impaciencia y de imponer silencio, como para detener á Irene en la pendiente de una apreciación equivocada ó de una idea mal comprendida, y clavó en él aquella mujer su mirada, y detuvo su aliento, como esperando una palabra de consuelo. Espanto debió poner en Javier la expresión que había tomado aquella fisonomía. Había en ella aun más amor que remordimiento; sus ojos vidriados y su boca entreabierta revelaban mayor ansiedad de pasión que expectación de amistad. Aquellos labios habían querido decir á Javier:

— Yo soy la madre que no puedo sufrir que hieran á mi hija en mis brazos.

Pero aquel gesto y aquellos ojos, lo que decían al cielo y la tierra era:

— Yo no tengo fuerzas para soportar que me aborrezca el hombre que amo todavía...

Comprendió Javier, entre aterrado y compasivo, aquella mirada desgarradora y aquella frase muda.

— No, Irene, no, le dijo con reposada blandura. Yo no he venido aquí con derecho de condenación ni con misión de venganza. Trágame la inspiración de la obediencia y el propósito del consuelo; pero me sigue donde quiera el influjo de mi ominoso destino. ¿Quién habló de castigo ni remordimiento? ¿Qué derecho tengo para la crueldad que me imputas?... ¿Quién puede traer á tu santa morada una compasión más grande que la que me inspiras? ¿Quién podría prosternarse á tus plantas con una admiración más alta de tu santa vida, de tu religiosa tarea y de tu resolución penitente, que la que á mí me infundes?... Yo soy el único que puede medir la inmensidad de tu sacrificio, y comprender esa maravilla de gracia y ese prodigio de fortaleza, que tú misma no sientes ni comparas... ¿Qué son, al lado de los tuyos, mis esfuerzos y mis trabajos?... Dentro de los medios y de la posibilidad del hombre cabe todo, Irene... El hombre ha nacido lo mismo para conquistar el mundo que para ganar el cielo. Puede aspirar á la ciencia como á la virtud; y el campo de su inteligencia, como el de su heroísmo, no tiene más límites que los de la creación y de la eternidad... El hombre ha nacido para Dios y para la humanidad entera, para lo absoluto y para lo infinito. La mujer, Irene... (que no se ofenda de mi creencia tu orgullo)... la mujer no tiene más que un destino individual: la mujer ha nacido para un hombre... La mujer es de su esposo y de su hijo. El hogar es su patria; su mundo, la familia... Su familia y su hogar, tal vez por el amor de Dios... pero quizá el amor de Dios, solo por la fe y el amor de un hombre...

Los hombres, Irene, han tenido muchas religiones; las mujeres no más que una. Sin el Cristianismo, la mujer no tendría religión, no la ha tenido nunca. Fuera de la creencia que llamó á la hija de Eva á ser madre de Dios, y á las hijas de los hombres á ser esposas de Cristo, la mujer no tiene posición moral. Propiedad en el paganismo, esclava en el Oriente, bruja ó maga en las supersticiones bárbaras, donde quiera que la moral del cristiano no la ha elevado sobre los ángeles, su heroísmo ó su santidad de mujer no ha ido más allá de morir por la vida de su hijo ó de quemarse sobre la tumba de su esposo...

Por eso la religión en la mujer es una condición celestial, es una trasfiguración divina de su naturaleza; en esa endeble y frágil criatura, la penitencia es siempre la sublimación del martirio. La redención la ha al-

canzado en mayor participación de gracia, concediéndole la inmensidad del sufrimiento... El hombre lleva su cruz hasta que muere en ella. Después de la tragedia del Calvario, la mujer ha podido estar de pie junto á la cruz de su amado...

— ¿Y tú quieres estar solo en la tuya? le dijo tristemente Irene.

— El hombre no está solo nunca, continuó Javier. La primera de las mujeres está sentada sobre la ceniza; el más oscuro de los hombres brilla sobre un teatro. Arrostrando el fuego en el campo de batalla, ó abriendo un surco al rigor de la intemperie; tomando un rizo en medio del mar embravecido, ó dominando el vapor volcánico de una máquina de fuego; derramando sobre una pintura las luces de sus ojos y los colores de su imaginación, ó creando en un libro un mundo de pensamientos; dando leyes á los hombres, á los elementos ó á los astros; en el foro de la política, en el templo de la sabiduría, en el calabozo de la persecución, y hasta en el cadalso del crimen, el sol del cielo le alumbraba y el mundo le contemplaba... una muchedumbre le compadece ó le aplaude, una posteridad le llora ó le abomina...

— Y á tí, Javier, preguntó á esto Irene con ironía de profunda tristeza, y á tí ¿te seduce el entusiasmo de esas glorias? ¿Te asisten y acompañan con sus vótores y con sus lágrimas los espectadores de esos teatros?... ¿Te halagan, te estimulan, te satisfacen las coronas de ese circo y los triunfos de ese capitolio?...

— ¿Y qué me importa, Irene?... Hasta en esa desolación y desamparo del mundo exterior y del tiempo presente está el ánimo del hombre fortalecido y su espíritu acompañado. ¡Verdad, Irene!... La ambición y el amor han abierto ya ante mi alma, devastada como dices y asolada como piensas, las profundidades insondables de ese vacío tenebroso, que simulaba inmensos, fantásticos horizontes... He visto á ese siglo repleto de libros de ciencia, embriagado de hazñas de gloria, deslumbrado de portentos de industria, saciado de adelantos de legislación... ¿Qué parte le puede quedar de esperanza, de estímulo y de premio, á la actividad y á la inteligencia, donde el genio no llega adonde llega una máquina, donde la inspiración del arte se queda atrás de un cálculo de aritmética, y donde el mayor esfuerzo de virtud es menos útil á la humanidad que el descubrimiento de un metal ó la aplicación de un veneno?...

Y sin embargo, nunca más que en esta edad maravillosa é ilustrada ha sonado triste y universal el grito de «nada sé» ó de «nada creo». — Nunca el interés ha recibido una edificación más grosera, nunca la legitimidad ha sido más débil contra la fuerza, nunca la humanidad necesitada ha lanzado quejidos más penetrantes en su dolor, ni blasfemias más impías en su miseria...

Por eso, Irene, esta época y esta sociedad han menester más que otra alguna aquel saber que está por encima de la ciencia, y el género humano aquel sentimiento divino que hace parecer vanidad y flaqueza el amor y la ambición de gloria... Nunca ha sido más necesario que el hombre dé al mundo aquellos ejemplos de virtud que son ridículos ante el orgullo, y que no caben en la medida del entusiasmo; gracias al cielo, Irene, á la par de este culto inaudito de todos los materialismos, que hace temer con espanto para civilización tan adelantada la decadencia más repentina, jamás se reveló con rasgos más inefables y ardientes ese ideal de caridad y sacrificio, que eclipsa ante los ojos del alma todas las ilusiones del mundo, y sublima todas las esperanzas de la vida; nunca con más irresistible reclamo han sido llamados á esa región de espiritual bienaventuranza, estos mismos caracteres, Irene, á quienes nada basta de cuanto puede satisfacer la curiosidad del espíritu y la sed insaciable del corazón.

Región, Irene, cuyos ideales resplandores pueden iluminar las tinieblas de la soledad, como aquellas visiones de gloria que coronaban el arroyo de los santos. Ardientes esferas de amor, adonde puede ascender el espíritu, siguiendo una esíela más luminosa que los ojos de una mujer amante. Transportes de caridad, Irene, y tú lo sabes mejor que nadie, en que se encuentran éxtasis de dulzura, á cuyo lado parecen insípidas las caricias más ardientes.

— Pero ¡qué!... replicó vivamente Irene. ¿Y á esa región de amor y caridad celestial, á esos santos propósitos y humanitarios proyectos, no quieres que la mujer te acompañe, porque ella nada alcanza y nada puede?... No es capaz de remontarse á las alturas de la santidad, sino por el amor de un hombre, y ¿el hombre empezará rechazando ese amor, y dejando sola á esa débil criatura?... ¿Qué es de esa sublimación sobrehumana que poco há le concedías?... ¿En qué se diferencia tu desconsolada doctrina, del inmoral mahometismo, que nos excluyó del cielo?... Después que nos niegas la iniciativa de la virtud, hasta para seguirla nos rechazas... Nos despojas de la luz propia, para que no seamos lumbrera del día... y ni fulgor de reflejo nos concedes, para que podamos ser pálida luna de las noches... ¿En qué cielo quieres que ruede ese astro oscuro, si ni le dejas lumbre de fuego fatuo, para lucir en la oscuridad de un cementerio?... A lo menos, los musulmanes crearon unas huríes inmortales para reemplazar á la mujer en las mansiones de su bienaventuranza... ¡Ah, Javier!... Penitente y arrepentido, te encuentro menos religioso que cuando me leías tu Dante favorito... Entonces me hacías observar que en el infierno era un hombre el que guiaba al poeta... pero en el paraíso es Beatriz quien le toma de la mano; Beatriz, que se ha ido al cielo sola.

— Yo estoy aun... yo creía estar en el purgatorio,

respondió con amarga tristeza, y como extraviado, Javier; pero paréceme que vuelvo al primer círculo de las penas del infierno... donde revolotean los genios de Paolo y de Francesca... ¡Ay! no quieras que evoque los espíritus de la pasión condenada, y que repitan nuestros labios aquel tristísimo grito... *Oh anime affannate!... Venite á noi parlar*. Porque vendrán las nuestras...

Miráronse los dos á estas palabras con angustia indecible... No eran los suspiros de Francesca y de su amante los que respondían al siniestro conjuro; no eran arrullos, *cuali colombe dal dissio chiamatte*, los fatídicos ecos que en aquella oscura y abrasada atmósfera hacían resonar dentro del corazón los bramidos de la tormenta... Cualquiera que hubiese contemplado á Irene y Javier en aquel momento de estupor silencioso, mirándose con afán desde los fronteros cabos de la mesa en que para sostenerse se apoyaban, hubiera sin duda dado fin á los comenzados versos... Hubiera dicho... *L'altro piangeva sí, che di pietade... io veni men...* hubiera dicho de Irene: *E caddi come corpo morto cadde*.

— Pero, Javier, replicó con triste dulzura, y después de algunos minutos, Irene, yo no quería suscitarte ninguna memoria de mujer culpable; yo no invoqué el genio de ningún espíritu que haya hecho verter sangre... Era Beatrice... era la inocencia, la hermosura, la gracia, la juventud, la que se presentaba para que te diera su brazo al salir de esos círculos de maldición y de llanto...

— ¿Y quién soy yo, replicó severamente Javier, para dádiva tan santa de ventura, caído y degradado como soy, perverso y disipado como he sido?... ¿Qué he hecho yo en esta vida de corrupción y de vanidad, de crimen y de pecado, para merecer que la inocencia venga á quererme, que venga á darme sus brazos y su compañía una mujer amorosa y entusiasta, de quien se puede hacer más que una hurí, porque se puede hacer un serafín? ¿Cómo puede un hombre de tantas pasiones y de tantas aventuras, sin tornarse el más miserable de los impostores, llevar á los brazos de una jóven, llena de vida y de ilusiones, las heces impuras de tantas memorias?... Ni ¿cómo, sin hacerme reo de alevosía, de usurpación y de asesinato de amistad, iría yo á interponer, entre una belleza floreciente y lozana y un amor rico de juventud y perfumado de gracia y de inocencia, el don fraudulento de una existencia exhausta, de un corazón inapetente, de una imaginación antojadiza?...

— ¡Tan viejo estás!... exclamó Irene. ¡Tanto te han hecho vivir!... Dime, Javier... ¿Qué es lo que te propones en la porfiada insistencia de esa amarga declaración? ¿Apartar de mi memoria el prestigio de tu imagen, ó rebajar á mis ojos el mérito de tu penitencia?...

Al decir estas palabras, había en la expresión extraordinaria de la mirada de Irene algo más que la amargura del sarcasmo, algo que no era la curiosidad de la benevolencia ni la severidad de la religión. Contemplóla Javier atónito, y por la vez primera, después de muchos años, desconfió de su fuerza y de la gracia para el triunfo de su razón y para la paz de su conciencia... Vaciló desde luego con dudosa ansiedad sobre cuál esfuerzo sería para él más sobrehumano en uno de los dos partidos que le cumplía tomar: ó irse resueltamente de aquel lugar, sin añadir una sola palabra; ó proseguir hasta su fin aquel peligroso y atormentado coloquio... Mas, por último, lívido el color, contraídos los cantos de su boca, y fruncido el entrecejo, como si la llama de veinte incendios chispeará ante sus ojos, arrojó denodado el peligro, y exclamó con el tono de una convicción desesperada:

— Debía aceptar tus juicios, Irene; era lo más seguro y lo más verosímil aparecer en un estado de degradación. Después de haber arrostrado el concepto de infamia, lo más natural y lo más consecuente era reducir mi situación á las condiciones de un régimen higiénico, y encubrir una expiación bajo las tristes apariencias de una medicina. Pero en este momento arrostré el hacer delante de tí la confesión que debo á ese Dios que truena, y al infierno que brama, de mi incomparable flaqueza y de mi inconmensurable desventura... Miserable y perverso, hombre soy todavía, Irene; hombre, no cadáver; pecador devorado de tentaciones, no corrompido despojo, pasto de gusanos, en la impasibilidad del sepulcro; soy hombre que no está exento de angustia cuando lucha, que no carece de mérito cuando vence. Mas esforzado que el antiguo encadenado Prometeo, cuando el buitre viene á apacientarse en mis entrañas, no tengo otras cadenas que mis propios brazos con que amarrarme á la roca... Pero, Irene, cuando mi fuerza se agota y mi voluntad no me obedece, cuando las entrañas renacen, cuando las imágenes de lo pasado me abrasan, cuando las ilusiones de la vida material me alucinan, cuando la calentura de la sangre renovada da á mis delirios las formas seductoras de mis recuerdos, entonces el ansia de mis deseos y las complacencias de mi fantasía revisten todavía las apariencias de una mujer... de una mujer sola, una siempre, eterna, inmortal, imperecedera; la única que amé... la única para quien, cuando el corazón tuvo un deseo, tuvo una visión la fantasía y el espíritu un arroyo... la única, entre cuya despedida y cuya aparición no ha habido sobre mi vida otro sol que el que nace en noche tormentosa, entre el poniente y la aurora... ¡la única que puede ser ídolo en un corazón *gastado*, y espectro de los deseos de un hombre *corrompido!!!* lo mismo cuando es una sepulcral ruina de hermosura, que cuando la coronaba la juventud con la auréola más resplande-



Llegada á Paris de los prisioneros prusianos hechos en la accion de Bagneux.

ciente de belleza... Y esta mujer, Irene, no se llama Sofía...

Estas palabras no las dijo Javier con tono exaltado de pasión; había, por el contrario, reprimida lentitud en su cortado acento, contracción convulsiva en su ademán, sombría desesperación en su lúgubre mirada; y diríase que aquellas frases de veheméntísima ternura las pronunciaba arrodillado á los piés de un confesor y golpeándose el pecho, con el fervor del arrepentimiento ó con el miedo del infierno...

La tempestad, en tanto, se había hecho más imponente y estrepitosa. Los truenos reventaban sobre los mismos techos del edificio; las campanas redoblaban el repique conjurador de los nublados, y el esquilón interior de los claustros convocaba á las religiosas para dirigir al cielo las plegarias con que la piedad se prosterna, implorando que aplaque sus iras.

Irene parecía no reparar en el estruendo de aquellos eléctricos estampidos ni en el tañido de aquellos bronces. Irene no escuchaba sino la lenta vibración de aquellos acentos, ni veía otros relámpagos que el fuego sombrío de aquellas miradas... Cuando Javier terminó su frase, hizo un movimiento de ansiedad y de impaciencia, como esperando nuevas y sorprendentes declaraciones; pero á la vista de aquel silencio de interrupción, tomando una actitud de visible extravío, y en una exaltación que revelaba que su acento no correspondía en manera alguna á su idea, pronunció como un eco, y con admiración maquinal, aquella última palabra de Javier: « ¡Esta mujer no se llama Sofía! »

— No, Irene, replicó aquel hombre despertando al estremecimiento de aquella voz, no es Sofía... Dos veces ¡ay! ha permitido una casualidad funesta, ó el genio de mi mala ventura, que acerque mi corazón al seno de esa mujer... joven, hermosa, brillante, apasionada... ¿Qué importa?... Otras lo fueron también... No era ella, no era ninguna, la que estrechaban maquinalmente mis brazos, la que tocaron ilusoriamente mis labios... tras de la nube de Ixion estaba siempre la mía, la sola, la que fué la primera, la que será la última... Cualquiera otra será una horrible impostura... una ficción monstruosa, que no tendrá nombre... Decíame poco há, afligida y espantada, que esa mujer me causaba horror porque me la dabas tú... ¡Sí! ¡verdad!... horrible sería que yo tomara de tus brazos la que tú llamas hija de tu ternura y de tu caridad... espantoso sería que fueras tú el autor y cómplice de ese

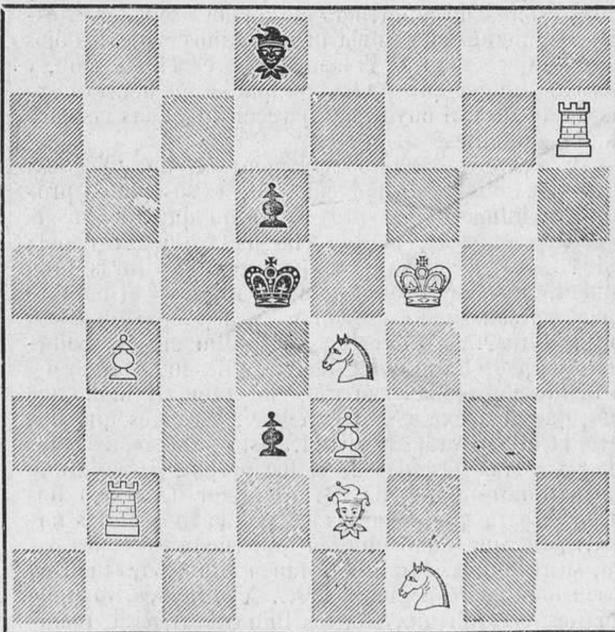
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 324

- 1 T 5ª ARª jaque R toma T
- 2 Rª 5ª CRª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 325, POR M. R. ORMOND.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

enlace de maldición, que había de ser para nuestra conciencia y para nuestra memoria un incestuoso adulterio... escándalo del mismo infierno sería que vinieran tus manos á introducir en mi lecho ese testigo eterno de pavorosos ensueños, en que mis labios pronunciases otro nombre de amor, que sería una blasfemia; en que prodigase al fantasma de otros deseos caricias, que serían un continuo sacrilegio... Irene, Irene... ya lo ves...

(Se continuará).

Los prisioneros prusianos.

Damos un dibujo que representa la entrada en Paris de los prisioneros prusianos que se hicieron en el combate de Bagneux. Su llegada produjo la más viva impresión.

Los soldados prusianos atravesaron Paris, mirando con mucha curiosidad las casas, las calles, las plazas y monumentos. No tenían ni la jactancia provocadora que los suponemos, ni una actitud temerosa. Al principio de la guerra los oficiales prusianos pudieron decir á sus soldados que los franceses fusilaban á los prisioneros; pero hace tiempo ya que saben á qué atenerse en este punto en los campamentos enemigos.

Otra observación. Los prisioneros de Bagneux no tenían ni los uniformes estropeados de que se ha hablado tanto, ni las figuras patibularias de soldados que se mueren de hambre. Casi todos llevaban la ancha gorra y el largo capote que tanto son del uniforme ruso como del prusiano. Parecían tristes, resignados á sufrir la suerte que les ha tocado en la guerra.

Cuando pasaban por delante de un cuerpo de guardia se llevaban con respeto la mano á la frente y hacían el saludo militar.

El sentimiento que domina en sus conversaciones es un deseo profundo de que la guerra se acabe cuanto antes. Si la política de M. de Bismark fuese sometida al voto del ejército, es seguro que saldría condenada por una mayoría inmensa.

H. V.